ECOLOGIA SOCIAL

MURRAY BOOKCHIN

Apuntes desde un anarquismo verde

(COMPILA)

Editorial Novena Ola

Ecología social

Apuntes desde un Anarquismo verde

Editorial Novena Ola

Ecología social,
Apuntes desde un anarquismo verde
Murray Bookchin
12.7 x 18.6
Concepción; Editorial Novena Ola

Editorial Novena Ola,
Un proyecto del Grupo Anarquista Novena Ola
E-mail: novenaola@riseup.net

Diseño portada: Diego Cofré
Revisa sus trabajos en: isique.tumblr.com

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y alentada por quienes editan.

Primavera 2015
Concepción
Región chilena

Ecología social

Apuntes desde un anarquismo verde

MURRAY BOOKCHIN

(Compila)
Editorial Novena Ola

Editorial Novena Ola

El oleaje marino sueña introducirse en la superficie terrestre. Su lucha es incesante. Unas veces logra cierta ventaja gracias a una débil resistencia, pero la mayor parte del tiempo se enfrenta a una oposición inquebrantable; grandes farellones, colosos costeros. Su vida -su existencia- se basa en flanquear los límites que le impone la barrera costera. El mar y la costa son enemigos irreconciliables.

Sin embargo, cuentan que vez en cuando las olas, cansadas de chocar una y otra vez contra la costa sin obtener resultados, se unen en grandes tormentas marinas y arrasan con todo a su paso. Vencen el límite impuesto y se introducen en lo más profundo de su anhelo y su propia realización.

Pero cuentan –de la misma manera- que estas grandes tormentas una vez que han desplegado su potencial, retroceden creando nuevos límites entre la costa y el mar. Cada tormenta reconfigura la fisonomía del conflicto, manteniendo la lógica de la lucha intacta, condenando al oleaje a estrellar su existencia una y otra vez contra un nuevo coloso costero.

El rol que asume una tormenta es el potencial colérico que se abalanza contra lo establecido. Tras tiempo actuando de forma pasiva y subterránea, el malestar se acumula y estalla de forma encarnizada y violenta. La tibia y monótona lucha de las olas por superar su condición se organizan en un gigante marino y conquistan así lo imposible.

De forma similar se configura la eterna lucha de la humanidad por superar las trabas que limitan su progreso, su libre desarrollo y todo su potencial. Estas luchas tienen su cenit con grandes revoluciones, tormentas sociales que alteran el rumbo de la sociedad.

Sin embargo, las revoluciones no han alcanzado aún su plenitud. No han alcanzado la Novena Ola de una tormenta marina. Esa última gran ola, esa con la que culmina y que por consecuencia termina siendo la más destructiva. Nos hemos quedado abrazando tormentas autoritarias que hipotecan nuestro destino a la vorágine estatal, malaya de antiguas revoluciones. La novena ola debiera ser aquella tormenta que ataca el derecho de propiedad, al Estado, al patriarcado y al capital, reconciliándose también con su propio entorno natural. Aquella que apuesta por la anarquía, sin obnubilarse con tormentas pasajeras que reconfiguran el conflicto en otro nuevo.

Bajo esa lógica nace Editorial "Novena Ola" pretendiendo brindar material para la reflexión y la crítica, para socializar el pensamiento y configurar la acción en una amalgama que nos permita conquistar aquella Novena Ola y lograr con ello nuestra propia realización, aquella sociedad sin ataduras en la que tanto creemos.

Prólogo

La problemática medioambiental ha llegado para quedarse, cada día proliferan nuevos conflictos entre la imparable expansión del capitalismo contaminante, los equilibrios naturales y el bienestar de las comunidades. Vivimos tiempos críticos en que las alternativas al actual sistema de organización social ya no pueden considerarse como utópicas e idílicas ensoñaciones futuristas, sino como el impulso consciente por detener una maquinaria de acumulación de capital que está llevando al planeta a superar sus límites bióticos de regeneración y que hacen muy cierta la posibilidad de la extinción de la vida humana en la tierra.

En este trágico escenario civilizatorio, los interconectados procesos de globalización de la economía mundial hacen que cada país cumpla un determinado rol dentro de la llamada división internacional del trabajo, todos bajo las premisas de la acumulación sin freno, la explotación humana y la depredación del medio ambiente mediante la simplificación de sus complejos sistemas naturales. Para el caso de la región chilena, la misión es clara, proveer de minerales a las industrias del mundo, la producción de monocultivos forestales y el nefasto saqueo del mar a través de la pesca de arrastre.

Pareciéramos caminar a un abismo, transitar sin sentido hasta atravesar un punto de no retorno... ¿Cómo hemos llegado a esto? Las respuestas pueden ser muchas, ¿Cuáles son las soluciones? Las respuestas solo traen más preguntas. No obstante, en el cielo gris de la polución industrial, emergen reflexiones lúcidas que dan esperanza a la posibilidad de imaginar una nueva sociedad. Algunas de ellas son las elaboradas por el teórico de acción Murray Bookchin (EE.UU., 1921-2006), quien desde la vereda de las ideas anarquistas abre un apasionante campo de perspectivas que buscan, por un lado, responder a los cuestionamientos sobre el origen de la actual relación entre sociedad y naturaleza, y por otro, vislumbrar la posibilidad empírica de un futuro verde. Estas elaboraciones, nacidas a partir de su participación activa en diversas iniciativas en defensa del medio ambiente, dieron paso a la configuración de la Ecología Social, disciplina de la cual Bookchin es uno de sus máximos referentes y que significa un gran esfuerzo epistemológico por subvertir el rol de la ciencia en los conflictos sociales y el entendimiento del mundo natural.

En su esfuerzo intelectual, el autor perfila un duro cuestionamiento hacia aquellas posturas que esgrimen una supuesta esencialidad perversa de los

seres humanos en su relación con el medio ambiente, las que mediante la reducción analítica basada en que "la humanidad es un virus" invisibilizan toda la trama de construcciones culturales y políticas que han dado forma a la decadencia actual. Para Bookchin, en cambio, "el modo en que los seres humanos se relacionan unos con otros como seres sociales es crucial para entender la actual crisis ecológica", donde "la antigua idea de que el hombre debe dominar naturaleza, se deriva de la dominación del hombre por el hombre, y más tempranamente, de la dominación de la mujer por el hombre y de la dominación de los jóvenes por los viejos". De ello se desprende que para cambiar nuestra relación con el medio ambiente, es prioritario armonizar el mundo social, lo que supone implicancias profundamente anticapitalistas y revolucionarias. Como se puede apreciar, el análisis que Bookchin realiza de la crisis ecológica contemporánea, hunde sus raíces en la idea misma de jerarquía, posicionada históricamente gracias a los dispositivos culturales de dominación patriarcal y gerontocrática de las civilizaciones que prevalecieron en la configuración del mundo actual.

Pero su objetivo no es solo intentar explicar el origen de la relación de dominación de la sociedad hacia la naturaleza, también apunta a la creación de un cuerpo de conocimientos que se posicione

reconstructivamente ante las contradicciones de nuestra era, superando la tendencia predominante en las ciencias tradicionales a diseccionar los fenómenos del mundo natural, por una óptica de integración que asuma la totalidad del mundo natural sin descuidar la especificidad de sus partes. Éste cuerpo de idas es la Ecología Social, que problematiza con el "ambientalismo" al cuestionar su tendencia a estimar la naturaleza como un hábitat pasivo, puesta en el mundo para el beneficio humano y que no entra en conflicto con el origen mismo de la crisis ecológica actual: la idea de que la sociedad debe "dominar" la naturaleza. Por contraparte, la ecología se erige como reconstructiva del vínculo entre la humanidad y el medio natural, ya que asume que en la naturaleza no existe la jerarquía como principio estabilizador y articulador, por tanto, tampoco debiera prevalecer tal premisa en la configuración de la sociedad. Se trata ante todo, por un esfuerzo de "trasladar el carácter no-jerárquico de los ecosistemas naturales a la sociedad". Desestimando el antropocentrismo imperante, asume a la humanidad como parte integral del balance de la biosfera y punto de la evolución que no se separa de lo orgánico ni se reduce al mismo como promulga el biocentrismo. La ecología social implica un esfuerzo por la conciliación entre humanidad y naturaleza, donde la primera no oprima a la segunda, pero donde la

segunda sea parte del campo de la acción humana sin alterar su diversidad y dinámicas propias.

La edición que tienes en tus manos es un esfuerzo de nuestro grupo por brindar herramientas conceptuales para entender y enfrentar el crudo escenario ecológico que nos asegura el capitalismo. Ya no podemos hacer caso omiso de una realidad que estalla con cada nueva termoeléctrica que contamina nuestro aire, en cada represa que inunda nuestros bosques, en cada especie marina que desaparece por no respetar sus tasas de reproducción. La ampliación de nuestro acervo teórico y transdisciplinario se vuelve prioritario para enfrentar una realidad concreta mucho más compleja y crítica que la de décadas anteriores. La movilización social por la defensa del territorio ha comenzado en innumerables puntos de la región chilena. Su capacidad de decisión y acción sobre la configuración del espacio es un campo en disputa aún por explorar. Por ello, esperamos que este libro sea parte de las herramientas que nutran de integralidad a las luchas que tenemos por librar en el largo camino hacia una sociedad ecológica.

Salud y anarquía.
Editorial Novena Ola.

Nosotro/as los/as verdes, nosotra/os las/os Anarquistas[1]

Hoy en día nuestra relación con el mundo natural está atravesando una fase crítica que no tiene precedente en la historia de la especie humana[2]. Recientes estudios sobre el "Efecto Invernadero" conducidos en los Estados Unidos, demuestran que tenemos que encontrar desde ahora la manera de hacer disminuir el porcentaje de monóxido de carbono presente en la atmósfera en la cual vivimos. En caso contrario, no solamente se presentarán graves mutaciones químicas, sino que la misma sobrevivencia de la especie humana estará en grave peligro.

[1] Hemos tratado de seguir fielmente el sentido original del título, dando un tratamiento de género acorde al original escrito en inglés (lengua nativa de Bookchin). Por lo mismo, nos hemos tomado la libertad de alterar la clásica traducción del inglés -y del italiano para este artículo en particular- y hemos dejado de lado la invisibilizacion de género implícita en las traducciones, utilizando un lenguaje sin distinciones ni generalizaciones a lo largo de todo el libro, con el fin de no perder el sentido original de los escritos.

[2] Artículo aparecido en la *Revista Arachica* en Noviembre de 1986, año 16, número 8, bajo el título "*Noi Verdi, Noi Anarchici*". Este escrito surge a partir de la transcripción de una ponencia realizada por Bookchin en Pescara (Italia), en una conferencia organizada por Verdes de la ciudad, en el mes septiembre de ese mismo año.

No se trata nada más de un problema de contaminación por los venenos con los cuales nos alimentamos. La alteración de los grandes ciclos geoquímicos podría poner fin a la vida humana sobre este planeta. Por mi parte estoy consciente de la necesidad de reaccionar inmediatamente para contrarrestar los procesos que están dañando la tierra. Soy totalmente solidario de muchos de los grupos ambientalistas, y en los últimos 30 años he estado involucrado cotidianamente en actividades para la defensa del ambiente: contra las centrales nucleares, contra la construcción de nuevas carreteras, contra la destrucción del suelo y el uso incontrolado de pesticidas y biocidas, por la promoción del reciclaje y por un crecimiento cualitativo y no sólo cuantitativo.

Estos problemas ambientales me han preocupado por años y por décadas, tanto como hoy en día me siguen preocupando. Estoy de acuerdo con ustedes sobre la necesidad de bloquear los reactores nucleares y de poner fin a la contaminación de la atmósfera, de las tierras agrícolas, de los cultivos; o sea, de liberarnos de los venenos que se están difundiendo sobre todo el planeta y que ponen en peligro a nuestra especie y a toda la vida. Comparto con ustedes todo esto, pero me gustaría que

fuéramos un poquito más allá con nuestros planteamientos.

De hecho, pienso que es esencial el empujar siempre más allá de nuestro cuestionamiento, porque no podemos seguir poniendo más parches aquí y allá que no resuelvan los verdaderos problemas. Posiblemente logremos un día hacer cerrar una fábrica que inquina la atmósfera. Pero al final, ¿Qué logramos?: una nueva central nuclear. Vivimos en un mundo basado en el intercambio de contrapartidas, y nos seguimos comportando de acuerdo a esas leyes. Definitivamente, pasando de un mal mayor a un mal menor y de un mal a otro mal, seguimos empeorando la situación general. No se trata sólo de una cuestión de plantas para la producción de energía, por más importantes que éstas sean; ni tampoco el problema de los gases contaminantes; tampoco el problema está en los daños que causamos a la agricultura, o el congestionamiento y la contaminación de los centros urbanos.

El problema es otro más grave: estamos simplificando el planeta. Estamos disolviendo los ecosistemas que se formaron en millares de años. Estamos destruyendo las cadenas alimenticias. Estamos rompiendo las ligas naturales y llevando al reloj evolutivo a un atraso de millones de años en el tiempo, a las épocas en las que el mundo era mucho

más simple y no se encontraba en la posibilidad de sostener la vida humana.

Una visión del mundo más coherente

No se trata nada más de tecnología, aún si el control tecnológico es muy importante. Es claro que necesitamos una tecnología nueva. Necesitamos una tecnología basada en la energía solar y en la eólica, y necesitamos nuevas formas de agricultura. Sobre esto, no hay dudas, estamos todos de acuerdo. Pero existen problemas de fondo mucho más graves que aquellos creados por la tecnología y el desarrollo moderno. Tenemos que buscarlos en las raíces mismas del desarrollo. Y primero que todo, tenemos que buscarlos en los orígenes de una economía basada sobre el concepto de "crecimiento": la economía de mercado; una economía que promueve la competencia y no la colaboración, que se basa en la explotación y no en el vivir en armonía. Y cuando digo vivir en armonía entiendo no solamente el hacerlo con la naturaleza, sino entre la misma gente.

Tenemos que empujar hacia la construcción de una sociedad ecológica que cambie completamente, que transforme radicalmente nuestras relaciones básicas. Mientras vivamos en una sociedad que marcha hacia la conquista, al poder, fundada en la jerarquía y en la dominación, no haremos nada más que empeorar el

problema ecológico, independientemente de las concesiones y pequeñas victorias que logremos ganar. Por ejemplo, en California, nos han donado algunas hectáreas de árboles, y luego han talado bosques completos. En Europa están haciendo la misma cosa.

Prometen acabar con las lluvias ácidas y las lluvias ácidas siguen cayendo. Deciden poner en el mercado alimentos naturales, no contaminados por los pesticidas, y efectivamente el porcentaje de veneno disminuye, pero lo poco que queda está constituido por los venenos más peligrosos para el organismo.

Nuestro problema no es solamente el mejorar el ambiente, parar las centrales nucleares, bloquear la construcción de nuevas carreteras o la construcción, expansión y sobrepoblación en las ciudades, la contaminación del aire, del agua y de los alimentos. La cuestión que tenemos que enfrentar es mucho más profunda.

Tenemos que llegar a una visión del mundo mucho más coherente. No tenemos que ponernos a proteger los pájaros olvidándonos de las centrales nucleares, y tampoco luchar contra las centrales nucleares olvidándonos de los pájaros y de la agricultura. Tenemos que llegar a comprender los mecanismos sociales y hacerlo de una manera coherente.

Tenemos que enfocarnos en una visión coherente, una lógica que prevé a largo plazo una transformación radical de la sociedad y de nuestra misma sensibilidad.

Hasta que esta transformación radical no empiece, lograremos cosas pequeñas, de poca importancia. Venceremos algunas batallas, pero perderemos la guerra, mejoraremos algo, pero no obtendremos ninguna victoria. Hoy en día vivimos el momento culminante de una crisis ambiental que amenaza nuestra misma sobrevivencia, tenemos que avanzar hacia una transformación radical, basada en una visión coherente que englobe todos los problemas. Las causas de la crisis tienen que aparecer claras y lógicas de manera que todos y todas las podamos entender. En otras palabras, todos los problemas ecológicos y ambientales son problemas sociales, que tienen que ver fundamentalmente con una mentalidad y un sistema de relaciones sociales basadas en la dominación y en las jerarquías. Estos son los problemas que nos ofrece hoy en día la gran difusión de la cultura tecnológica.

Ningún regalo de parte del Estado

¿Qué tienen que hacer entonces los Verdes? Primero que todo, tenemos que clarificarnos las ideas. Tenemos que evidenciar las relaciones existentes entre los problemas ecológicos y los problemas sociales.

Tenemos que demostrar que una sociedad basada en la economía de mercado, en la explotación de la naturaleza y en la competencia acabará por destruir al planeta. Tenemos que hacer lo posible para que la gente entienda que si queremos resolver de una vez por todas nuestros problemas con la naturaleza, tenemos que preocuparnos de las relaciones sociales. La gente tiene que entender que todo tiene que unificarse en una visión del mundo coherente, en una visión basada en un análisis, en una crítica, y en soluciones de nivel político, personal e histórico.

Esto significa, dar otra vez la fuerza al pueblo. Tenemos que crear una cultura política con una visión libertaria y no limitarnos a un proyecto que el Estado ejecuta. Tenemos que crear una literatura política, una cultura política que lleve a la gente a participar, liberándose, autónomamente, de este tipo de economía, de sociedad y de sensibilidad.

En el movimiento feminista, se empieza a discutir el tema de la dominación del hombre sobre la mujer empezando por la misma estructura de la familia. En los movimientos comunitarios, se habla de necesidades a "escala humana" y de dar fuerza a los barrios, a las comunidades, a las regiones.

Estos son los argumentos más importantes que se discuten en los Estados Unidos. En relación con la tecnología, no tenemos que preocuparnos solamente con que ésta sea más eficiente y renovable, tenemos que inventar una tecnología creativa, que no sólo lleva consigo un trabajo más creativo, sino que contribuya a mejorar el mundo natural al mismo tiempo que mejora el modo y la calidad de nuestras vidas.

Pero todo esto no nos llegará desde arriba. No puede ser un regalo que el Estado nos haga. No puede traducirse en una ley salpicada por un Parlamento. Tiene que ser el fruto de una cultura popular, de una cultura política y ecológica difundida por el pueblo. Entonces no tendremos más que elaborar estrategias para cambiar la sociedad, usando las varias organizaciones existentes. Tenemos que elaborar estrategias libertarias que conduzcan al pueblo, a la gente, a participar en el proceso de transformación social, porque si no es la gente la que quiere cambiar

la sociedad, entonces no se efectuará en ella ningún cambio real ni radical.

Cuando hablamos de Ecología, hablamos de participación en el mundo natural. Decimos que como seres humanos, compartimos la esfera de la vida con todos los demás seres vivos y con ello buscamos aplicar un sistema de relaciones que nos haga partícipes del ecosistema.

Pero yo les pregunto, queridos amigos, amigas, si queremos ser Verdes, si queremos reverdecer al planeta: ¿Cómo podemos hacerlo sin reverdecer a la sociedad misma? Y si queremos reverdecer a la sociedad: ¿Cómo podemos pensar en una participación del mundo natural que no tome en consideración la participación popular en la vida social? Si nada más queremos conquistar el poder para cambiar a la sociedad, les garantizo que vamos a perder. Y no solamente porque algunos de nosotros o nosotras, con toda la buena fe del mundo, acabaríamos con ser condicionados por el poder, emotiva y psicológicamente. Esto ya les pasó a algunos de mis mejores amigos entre los Verdes Alemanes, que con buenas intenciones y con buena fe se encontraron en el Parlamento buscando hacer coaliciones, hacer alianzas, y usar el poder desde arriba. De alguna manera ellos también se volvieron líderes espirituales aspirantes al poder. Ahora

razonan en términos de "males menores", de un mal "siempre menor" que, al final, los llevará al peor de todos los males. Esto es lo que la historia nos ha enseñado siempre.

Verde profundo

Ya es tiempo que los/as Verdes propongamos una visión libertaria, una visión anarquista que lleve a la gente hacia un movimiento Verde, que pueda ser un movimiento Verde en el sentido más profundo del término. Un movimiento Verde en el cual no nos limitemos a llevar adelante un proyecto coherente y que unifique todos los problemas en un programa y análisis comunes, sino en un movimiento en el cual la gente sea la primera protagonista de su historia. Tenemos que apoyar la creación de una sociedad libertaria: ecolibertaria. Esto es lo que nos enseñaron las experiencias alemanas y de los Estados Unidos, algunos movimientos han buscado perseguir objetivos Verdes actuando "desde arriba" a través de las leyes, y siempre han tenido que ceder, abandonar una posición detrás de otra.

Con esto no quiero decir que no tenemos que empeñarnos en llevar a cabo cambios que puedan atrasar o bloquear la disgregación de la sociedad actual y del mundo natural. Ya sé que no tenemos mucho tiempo a nuestra disposición. Los problemas

son reales e involucran también a las dos generaciones siguientes, y quizás ni siquiera las dos próximas generaciones sean decisivas por lo que respecta a la sobrevivencia de nuestra especie y la conservación de nuestro hábitat y de nuestro planeta. De todas formas, si no podemos dar a la gente una imagen unitaria, una visión práctica y ética al mismo tiempo, y que cuestione su sensibilidad, entonces, ¿Saben ustedes quién tomará el poder en este caos?: la derecha, los/as reaccionarios/as.

Hoy en América, la derecha se califica a sí misma como "la mayoría moral", y dice: «Devolvamos su significado a la vida. Devolvamos su significado a las relaciones humanas». Y, por mala suerte, lo que queda de la izquierda americana, no hace otra cosa que hablar de "progreso" de "centralizar" y de todas las mismas cosas que el socialismo repite desde hace 150 años.

Primero tenemos que recuperar aquel terreno sobre el que la gente está buscando la verdad, y no tan sólo la sobrevivencia: una manera de vivir que hable de calidad y no sólo de cantidad. Tenemos que difundir un mensaje coherente, un mensaje que sea para la base de la sociedad, que la haga partícipe, que enseñe qué significa el ser ciudadanos y ciudadanas y el decidir autónomamente. En otras palabras, tenemos que elaborar una nueva política, una política Verde

que reemplace a la vieja política autoritaria y centralista, basada en las estructuras de los partidos y en la burocracia. Esto es lo más importante que tenemos que aprender. Si no lo logramos, los movimientos verdes serán absorbidos poco a poco por los movimientos tradicionales. El objetivo principal se disolverá frente a los pequeños objetivos a corto plazo.

Los compromisos sobre "males menores" nos llevarán siempre a males peores. La gente dirá: ¿Qué es esto? ¿La misma política de siempre? ¿La misma burocracia de siempre? ¿El mismo parlamentarismo que siempre hemos tenido? ¿Por qué tendría yo que votar verde? ¿Por qué tendría que darle fuerza a los verdes? ¿Por qué no tendría que seguir apoyando a la democracia cristiana, al partido comunista o a cualquier otro partido que garantiza resultados inmediatos y satisfacciones inmediatas?. . . Nuestra responsabilidad de Verdes de Europa -como en América-, en Alemania, como en tantas partes del mundo, y sobre todo en Italia, ya que ustedes están apenas empezando ahora, es de aprender de lo que está ocurriendo en los movimientos verdes desde hace 5 a 10 años.

Tenemos que darnos cuenta que hay que sustituir la vieja política tradicional de los partidos, con una política verde. Que hay que poner energía a nivel de

base en las comunidades, que hay que elaborar análisis que vayan más allá del puro ambientalismo y de los otros problemas importantes a los cuales nos dedicamos cotidianamente (pesticidas, energía nuclear, Chernobyl).

Tenemos que darnos cuenta que esta sociedad no es solamente dura e insensible, sino que sus mismas leyes prevén su propia destrucción, la destrucción del planeta y la de las bases para la sobrevivencia humana. Tenemos que proponer nuevas alternativas, nuevas instituciones fundadas en una democracia local, en la participación local, que pueda constituir un nuevo poder contra el Estado centralizado, que pueda constituir un nuevo sistema de relaciones sociales, en el cual un número cada vez mayor de personas tome parte activa en una política realmente libertaria. Esta es nuestra única alternativa para evitar caer en la misma política de partido, corrupta y rebasada, que vuelve a las personas cínicas, indiferentes, siempre más encerradas en sus propias esferas privadas.

Un momento de transición

Déjenme concluir con una última consideración de importancia. No solamente estamos luchando para

mejorar nuestras relaciones humanas. Estamos luchando también contra el sistema capitalista que sigue simplificando no sólo la obra compleja de millones de años, sino también el espíritu humano. Se está simplificando el espíritu mismo de la humanidad, se le está quitando la complejidad y la plenitud que contribuyen a formar personalidades creativas. Entonces, nuestra nueva política no debe tener como único objetivo el de salvar el planeta y crear una sociedad verde, ecológica, de carácter libertario, y una alternativa política a nivel de base. Hay también que ver aún más allá de todo esto: si no se pone un fin a la "simplificación" del planeta, de la comunidad y de la sociedad, lograrán simplificar al espíritu humano a tal punto (y con basura del tipo de "Dallas", de "Dinasty" y otros programas televisivos) que se acabará hasta con el mismo espíritu de rebeldía, el único capaz de promover un cambio social y un reverdecimiento real del planeta.

Hoy vivimos en un momento de transición, no sólo de una sociedad a otra, sino de una personalidad a otra nueva.

¡Muchas gracias!

Murray Bookchin

¿Qué es la Ecología Social?

Lo que literalmente define la ecología social como "social", es el reconocimiento del hecho, frecuentemente ignorado, de que casi todos nuestros problemas ecológicos surgen de nuestros profundamente enraizados problemas sociales[3]. Inversamente, los actuales problemas ecológicos no serán claramente entendidos, mucho menos resueltos, sin atender a la solución de los problemas de la sociedad. Para ser concretos: los conflictos económicos, étnicos, culturales y de género, entre muchos otros, subyacen en el corazón mismo de las más serias dislocaciones ecológicas que enfrentamos hoy en día —dejando de lado, aquellos que son producidos por catástrofes naturales.

[3] Según la bibliografía preparada por Janet Biehl sobre M. Bookchin, este es uno de los muchos artículos titulados de forma similar. Este artículo originalmente fue publicado como parte del volumen colectivo: "Environmental Philosophy: From Animal Rights to Radical Ecology"; comp. Michael E. Zimmerman/Englewood Cliffs; New Jersey, PrenticeHall, 1993, pp. 354-73. No cuenta con traducciones anteriores al español. Traducción: Eleuterio Ácrata basado en la versión publicada en dwardmac.pitzer.edu. S. M. de Tucumán, Argentina, 2013-2014. Difusora Virtual Libertad.

Si esta aproximación les parece demasiado "sociológica" a aquellos/as ambientalistas quienes identifican los problemas ecológicos con la preservación de la vida salvaje, de la naturaleza o más comúnmente, con "Gaia" y la "Unicidad" planetaria, puede ser esclarecedor el considerar algunos hechos recientes. El masivo derrame de petróleo del buque-tanque de Exxon en la bahía Príncipe William[4], la deforestación extensiva de secoyas por la Corporación Maxxam y la propuesta de una hidroeléctrica en la Bahía James, proyecto que podría inundar vastas áreas de los bosques del norte de Quebec, por citar algunos pocos problemas; deberían recordarnos que el verdadero campo de batalla donde se decidirá el futuro ecológico del planeta es uno claramente social.

De hecho, el separar los problemas ecológicos de los problemas sociales -o incluso el pasar por alto o el dar por supuesta esta crucial relación- podría producir una grosera malinterpretación de las fuentes de la creciente crisis medioambiental. El modo en que los seres humanos se relacionan unos con otros como seres sociales es crucial para entender la actual crisis ecológica. A menos que

[4] El autor se refiere al desastre producido por el encallamiento del buque-tanque Exxon Valdez en la bahía del Príncipe William, el 24 de marzo de 1989 (n. del t.).

reconozcamos esto claramente, seguramente fallaremos en ver que la mentalidad jerárquica y las relaciones de clase que tan plenamente penetran en nuestra sociedad son el fundamento mismo de la idea de la dominación sobre el mundo natural.

A menos que aceptemos que la presente sociedad de mercado, estructurada alrededor del brutal imperativo "crece o muere", es un mecanismo auto-operado profundamente impersonal, vamos a tender a culpar falsamente a la tecnología en sí misma por cosas tales como los problemas medioambientales o de crecimiento poblacional. Manteniéndonos ignorantes sobre sus raíces causales, como el comercio por ganancia, la expansión industrial y la identificación del "progreso" con el interés de las corporaciones. En breve, tendemos a enfocarnos en los síntomas de una patología social severa, más que en la patología en sí misma, y nuestros esfuerzos están a dirigidos alcanzar fines de tipo cosmético, más que curativo.

Mientras que algunas personas han cuestionado sí la ecología social ha tratado adecuadamente las cuestiones de la espiritualidad, ella estuvo, de hecho, entre los más tempranos promotores de la ecología contemporánea que llamaban a realizar un cambio radical de los valores espirituales existentes. Tal cambio implica por los menos la transformación de

la presente mentalidad de dominación por una de complementariedad, que nos permitiría ver nuestro rol en el mundo natural como creativo y de soporte, apreciando profundamente las necesidades de las formas de vida no-humana. En la ecología social, una verdadera espiritualidad natural se centra en la habilidad de despertar en la humanidad la función de agentes morales en la disminución del sufrimiento innecesario, comprometiéndonos con la restauración ecológica y fomentando una apreciación estética de la evolución natural en toda su fecundidad y diversidad.

Por lo tanto, a la ecología social no se le ha escapado nunca la necesidad de un cambio radical de espiritualidad o mentalidad en su llamado a realizar el esfuerzo colectivo de cambiar la sociedad. De hecho, en una fecha tan temprana como 1965, la primera declaración pública que anunciaba las ideas de la ecología social concluía con el imperativo: "La estructura mental que hoy organiza las diferencias entre humanos y otras formas de vida a lo largo de una línea jerárquica de "supremacía" o "inferioridad" tiene que dar paso a una mirada que trata con la diversidad de un modo ecológico -aquel que está de acuerdo con una ética de la complementariedad"[5]. De

[5] Murray Bookchin, "Ecología y Pensamiento Revolucionario", inicialmente fue publicado en el periódico eco-anarquista New

acuerdo con tal ética, los seres humanos complementan a los seres no-humanos con sus propias capacidades para producir un todo más rico, creativo y desarrollado, no como la especie "dominante", sino como una que colabora. A pesar de que esta idea, expresada unas veces como el deseo de una "reespiritualización del mundo natural", aparece en toda la literatura de la ecología social, la misma no debe confundirse con una teología que levanta deidad alguna sobre el mundo natural o que busca encontrar una dentro de él. La espiritualidad propugnada por la ecología social es definitivamente naturalista (como uno podría esperar, dada su relación con la ecología misma, que es un tallo de las ciencias biológicas), antes que supernatural o panteísta.

El priorizar cualquier forma de espiritualidad sobre los factores sociales erosiona todas las formas de espiritualidad y levanta serios interrogantes sobre nuestra habilidad para percibir la realidad. Mientras un mecanismo social ciego, el mercado, está

Direction in Libertarian Thought (sept. 1964) y recopilado junto a otros de mis más importantes ensayos de los '60 en Post-Scarity Anarchism (Berkeley: Ramparts Press, 1972; reeditado en Montreal: Black Rose Books, 1977). La expresión "ética de la complementariedad" está tomada de La Ecología de la Libertad (San Francisco: Cheshire Books, 1982; edición revisada, Montreal: Black Rose Books, 1991).

convirtiendo la tierra en arena, cubriendo suelos fértiles con concreto, envenenando el aire y el agua, y produciendo cambios climáticos y atmosféricos, no podemos ignorar el impacto que la sociedad jerárquica y de clases ha producido sobre el mundo natural. Debemos tratar honestamente con el hecho de que el crecimiento económico, la opresión de género y la dominación étnica -por no hablar de los intereses de las corporaciones, los estados y las burocracias- son mucho más capaces de contornear el futuro del mundo natural que las formas privadas de auto-regeneración espiritual. Estas formas de dominación deben ser confrontadas por la acción colectiva y los grandes movimientos sociales deben desafiar las fuentes sociales de la crisis ecológica, no sólo por medio de las formas personales de consumo e inversión que generalmente son la firma del "capitalismo verde". Vivimos en una sociedad altamente cooptativa cuya única ambición es encontrar nuevas áreas de expansión comercial, agregándole un discurso ecológico a su publicidad y una atención al cliente personalizada.

Naturaleza y sociedad

Empecemos, entonces, con lo básico, es decir, preguntándonos qué son la naturaleza y la sociedad. De entre las muchas definiciones de naturaleza que se han formulado a lo largo del tiempo, una es más

elusiva y frecuentemente más difícil de captar porque requiere una forma de pensamiento que es extraña a aquella que popularmente llamamos "pensamiento lineal". Esta forma "no-lineal" u orgánica de pensamiento es más procesual que analítica, o, en términos más técnicos, más dialéctica que instrumental. La naturaleza, entendida desde la perspectiva del pensamiento procesual, es más que las hermosas vistas que apreciamos desde la cima de las montañas o que las imágenes de los portarretratos. Tales vistas e imágenes de la naturaleza no-humana son básicamente estáticas e inmóviles. Nuestra atención, démoslo por cierto, puede ser raptada por el vuelo del halcón, o los agitados saltos del ciervo, o la carrera entre sombras del coyote. Pero lo que realmente estaríamos atestiguando en tales casos es la mera cinética del movimiento físico, capturada en la estructura de una imagen esencialmente estática que se muestra delante de nosotros y nosotras. Nos engaña para que creamos en la "eternidad" de un solo momento en la naturaleza.

Si observamos con algún cuidado la naturaleza no-humana como algo que es más que una vista escénica, comenzamos a sentir que es básicamente un fenómeno que nos envuelve, ricamente fecundo y a veces dramático en su desarrollo siempre

cambiante. Intento definir la naturaleza no-humana precisamente como un proceso envolvente, como la totalidad de su evolución de hecho. Esto abarca el desarrollo de lo inorgánico en lo orgánico, del menos diferenciado y relativamente limitado mundo de los organismos unicelulares en aquellos multicelulares equipados con un simple, luego complejo y, actualmente, un plenamente inteligente aparato neuronal que les permite hacer elecciones innovadoras. Finalmente, la adquisición de sangre caliente les da a los organismos la asombrosa capacidad de existir en los más demandantes ambientes climáticos.

Este vasto drama de la naturaleza no-humana es en cada aspecto extraordinariamente magnífico. El mismo es producido por el incremento de la subjetividad, la flexibilidad y por medio una creciente diferenciación que produce un organismo más adaptable ante los nuevos retos y oportunidades ambientales; y genera un ser vivo mejor equipado para alterar su ambiente con la finalidad de satisfacer sus necesidades. Uno/a puede especular que se trata de la potencialidad de la materia en sí misma -la incesante interacción de los átomos formando nuevas combinaciones químicas para producir siempre moléculas más complejas, aminoácidos, proteínas y, en las condiciones adecuadas, formas elementales de

vida-, que es inherente en la naturaleza inorgánica. O uno/a puede decidir, con bastante naturalidad, que la "lucha por la existencia" o la "supervivencia del más apto" (por usar términos darwinianos populares) explican por qué de modo creciente seres más subjetivados y flexibles son capaces de tratar con los cambios del ambiente de manera más efectiva que otros que lo son menos. Pero permanece el hecho de que cierto drama evolutivo como el que he descrito ocurrió y está tallado en la piedra como registro fósil. El que la naturaleza es este registro, esta historia y este desenvolvimiento o proceso evolucionario, es un hecho manifiestamente claro.

El concebir la naturaleza no-humana en su propia evolución en vez de como una simple vista tiene profundas implicaciones -éticas tanto como biológicas- para las personas con conciencia ecológica. Los seres humanos plasman, al menos potencialmente, los atributos del desarrollo no-humano que los sitúan directamente en el camino de la evolución orgánica. Los seres humanos no somos "extraños en la naturaleza", por usar una expresión de Neil Evernden, extranjeros "exóticos", "deformidades" filogenéticas que, poseyendo capacidades para crear herramientas, "no pueden

evolucionar con un ecosistema en ningún lugar"[6]. Ni somos –los seres humanos- las "pulgas inteligentes", por usar el lenguaje de los teóricos gaianos quienes creen que la tierra (Gaia) es una organismo viviente. Estas infundadas desconexiones entre la humanidad y el proceso evolucionario son tan superficiales como potencialmente misantrópicas. Los humanos son, de hecho, primates altamente inteligentes con elevada autoconciencia, que es lo mismo que decir que ellos han emergido y "no divergido", de la larga evolución de las formas de vida vertebradas en las mamíferas y, finalmente, en las formas de vida de los primates. Ellos son el producto de un significativo movimiento evolucionario hacia la intelectualidad, la autoconciencia, la voluntad, la intencionalidad y la expresividad, sean en lenguaje oral o corporal.

Los seres humanos pertenecen a esta continuidad natural, no menos que sus antecesores primates y mamíferos en general. Representarlos como "extraños" que no tienen lugar o linaje en la evolución natural, o verlos como una plaga que parasita una altamente antropomorfizada versión del planeta (Gaia), en la misma forma en que las pulgas parasitan perros y gatos, es razonar mal, y no

[6] Neil Evernden, The Natural Alien; Toronto: University of Toronto Press, 1986, p. 109.

simplemente una mala ecología. Adoleciendo de cualquier sentido de proceso, esta clase de pensamiento -desgraciadamente un lugar común entre los especialistas en ética- radicalmente separa lo no-humano de lo humano. Es más, hasta el grado en que la naturaleza no-humana es románticamente retratada como "salvaje" y presumiblemente vista como más auténticamente "natural" que el trabajo de humano; así el mundo natural está congelado dentro de un dominio circunscrito en el cual la innovación, la previsión y la creatividad humanas no tienen lugar, ni ofrecen posibilidad alguna.

La verdad es que los seres humanos no sólo pertenecen a la naturaleza, ellos son el resultado de un largo proceso evolucionario natural. Sus actividades aparentemente "innaturales" –como el desarrollo de la tecnología y la ciencia, la formación de instituciones sociales mudables, de formas altamente simbólicas de comunicación, la sensibilidad estética, la creación de pueblos y ciudades– serían todos imposibles sin el largo alineamiento de atributos físicos que ha venido produciéndose durante eones, sean ellos cerebros más grandes o la bipedación que libera sus manos para hacer herramientas o cargar alimentos. De muchas maneras estos rasgos humanos son expansiones de rasgos no-humanos que han

evolucionado durante milenios. Incrementar el cuidado hacia los/as jóvenes, la cooperación, la sustitución del comportamiento instintivo por la conducta guiada, en gran medida, mentalmente -todos presentes con mayor intensidad en el comportamiento humano-. La diferencia entre el desarrollo de estas características en seres no-humanos, es que entre humanos ellas alcanzaron un grado elaboración e integración que produjo culturas o, visto en términos de institucionalidad, familias, bandas, tribus, jerarquías, las clases económicas y el Estado; sociedades altamente mudables para las cuales no existe precedente en el mundo no-humano, a menos que el comportamiento genéticamente programado de los insectos sea considerado como "social". De hecho, la emergencia y el desarrollo de la sociedad humana es una efusión de características de comportamientos instintivos, que continúan un proceso de preparación del nuevo terreno para el comportamiento potencialmente racional.

Los seres humanos siempre permanecerán enraizados en su historia biológica evolutiva, la cual podemos llamar "naturaleza primera"; pero ellos producen una característica naturaleza social humana propia, a la cual podemos denominar "naturaleza segunda". Y lejos de ser "antinatural", la segunda naturaleza humana es eminentemente una

creación de la evolución orgánica de la naturaleza primera. El inscribir la naturaleza segunda creada por los seres humanos fuera de la naturaleza como un todo, o de hecho minimizarla, es ignorar la creatividad de la evolución natural en sí misma, observándola desde una visión parcial. Si la "verdadera" evolución se plasma en criaturas simples como los osos pardos, los lobos y las ballenas — generalmente, animales que la gente encuentra estéticamente agradables o relativamente inteligentes— entonces los seres humanos son literalmente desnaturalizados. Desde tal perspectiva, sea que los veamos como "extraños" o como "pulgas", los seres humanos son emplazados fuera del caudal de la evolución natural hacia una mayor subjetividad y flexibilidad. Las/os más entusiastas promotoras/es de esta des-naturalización de la humanidad pueden ver a los seres humanos apartados de la evolución no-humana, así tratan a la gente como a una "monstruosidad", según lo plantea Paul Shepard[7], del proceso evolutivo. Otros simplemente evitan el problema del singular posicionamiento de la humanidad en la evolución natural al ponerlos promiscuamente lado a lado con

[7] Paul Howe Shepard, Jr: (1925 — 1996) ambientalista y autor norteamericano, conocido por introducir el "Paradigma del Pleistoceno" dentro de la Ecología Profunda (n. del t.).

los escarabajos en términos de su "valor intrínseco". En esta forma de pensamiento proposicional "disyuntivo", lo social es o separado de lo orgánico, o impertinentemente reducido a lo orgánico; resultando en un inexplicable dualismo en un extremo o en un ingenuo reduccionismo en el otro. A la aproximación dualista, que es la cuasi teológica premisa de que el mundo fue "hecho" para uso humano le endilgamos el nombre de "antropocentrismo"; mientras que a la aproximación reduccionista, es la noción casi sin sentido de "democracia biocéntrica", a la que le damos el nombre de "biocentrismo".

La separación de los humanos de lo no-humano revela una falla para pensar orgánicamente y para acercarse al fenómeno de la evolución con un modo evolutivo de pensar. No es necesario decir, que si nos contentamos con considerar la naturaleza como nada más que una vista escénica, la pura descripción metafórica y poética de ella puede ser suficiente para reemplazar el pensamiento sobre ella. Pero si consideramos a la naturaleza como historia de la naturaleza, como un proceso evolucionario que va de un grado de desarrollo a otro bajo nuestros propios ojos, deshonramos este proceso al pensarlo de cualquier manera que no sea procesual. Eso es lo mismo que decir, que requerimos un tipo de

pensamiento que reconozca este "qué-es" tal como aparece delante de nuestros ojos siempre desarrollándose en "esto-que-no-es"; o sea como parte de un continuo proceso auto-organizado en el cual pasado y presente, se ven ricamente diferenciados, pero compartiendo un continuo, del que elevan una nueva potencialidad para el futuro, siempre en un grado creciente de totalidad. En concordancia con esto, humanos y no-humanos pueden ser vistos como aspectos de un continuo evolutivo y la emergencia de lo humano puede ser localizado en la evolución de lo no-humano; sin darle lugar a los ingenuos reclamos de que uno es "superior" al otro o que "fue hecho" para el otro.

Pero tomándolo en un modo procesual, orgánico y dialéctico de pensar, deberíamos tener poco problema para localizar y explicar el emerger de lo social fuera de lo biológico; de la naturaleza segunda de la primera. Parece estar más de moda en estos días tratar las cuestiones ecológicas socialmente significativas como un/a contador/a. Simplemente se yuxtaponen dos columnas —marcadas como "viejo paradigma" y "nuevo paradigma"— como cuando uno trata con entradas y salidas. Obviamente términos desagradables como "centralización" son puestos bajo "viejo paradigma", mientras que otros más agradables como "descentralización" son

colocados en el "nuevo paradigma". El resultado es un catálogo de frases de calcomanía cuya "idea central" es una evidente variación de "el absoluto bien contra el absoluto mal". Todo esto puede parecer deliciosamente simple y sinóptico a simple vista, pero carece singularmente de alimento para el cerebro. Para conocer verdaderamente y ser capaz de darle un sentido interpretativo a las cuestiones sociales así planteadas, deberíamos querer saber cómo cada idea se deriva de otras y es parte de un desarrollo global. ¿Qué es lo que, de hecho, queremos expresar con el concepto de "descentralización"; y cómo se deriva o se eleva desde la historia de la sociedad humana el de "centralización"? Nuevamente: un pensamiento procesual es necesario para tratar realidades procesuales, con ello ganaríamos algún sentido de dirección —práctico al tiempo que teórico— al considerar nuestros problemas ecológicos.

La ecología social parece ser la única que, en el presente, apela a usar modos de pensar orgánico, de desarrollo y derivativos para resolver problemas que básicamente son de carácter orgánico y de desarrollo. La definición misma del mundo natural como un desarrollo indica la necesidad de una forma de pensamiento orgánico, como lo hace la derivación de lo humano desde la naturaleza no-humana, una

derivación que tiene las más profundas consecuencias para una ética ecológica que pueda ofrecer una guía seria para la solución de nuestros problemas ecológicos.

La ecología social nos llama a ver la naturaleza y la sociedad como interrelacionadas por la evolución en una Naturaleza que consiste en dos diferenciaciones: la primera o naturaleza biótica y la segunda o naturaleza humana. Naturaleza humana y naturaleza biótica comparten un potencial evolucionario para una mayor subjetividad y flexibilidad. La naturaleza segunda es el modo en que los seres humanos en tanto que primates altamente inteligentes y flexibles habitan el mundo. Eso es lo mismo que decir, que la gente crea un ambiente que se adapta a su modo de existencia. A este respecto, la naturaleza segunda no es diferente del ambiente que cualquier animal, dependiendo de sus habilidades, crea o adapta a las circunstancias biofísicas -o eco-comunales- en que vive. En este nivel, los seres humanos, en principio, no están haciendo nada que difiera de las actividades de supervivencia de los seres no-humanos, esto es construyendo represas de castores o madrigueras de topos.

Pero los cambios medioambientales que los seres humanos producen son significativamente diferentes de aquellos producidos por seres no-humanos. Los

humanos actúan sobre su medioambiente con considerable previsión técnica, no obstante su falta de previsión en cuestiones ecológicas. Sus culturas son ricas en conocimientos, experiencias, cooperación, y conceptualizaciones intelectuales; y sin embargo, pueden verse bruscamente divididas contra ellas mismas en ciertos puntos de su desarrollo, por medio de conflictos entre grupos, clases, Estados-naciones, o incluso ciudades-estados. Los seres no-humanos generalmente viven en nichos ecológicos y sus comportamientos están guiados primariamente por directivas instintivas y reflejos condicionados. Las sociedades humanas están "ligadas" entre sí por instituciones que cambian radicalmente en periodo de siglos. Las comunidades no-humanas son impresionantes por su fijeza en términos generales, o por sus ritmos claramente preestablecidos y, frecuentemente, impresos genéticamente. Las comunidades humanas están guiadas en parte por factores ideológicos y están sujetas a cambios condicionados por esos factores.

Por lo tanto los seres humanos, emergiendo desde el proceso evolucionario orgánico, inician, por la fuerza bruta de su biología y de sus necesidades de supervivencia, un desarrollo evolutivo que envuelve profundamente su proceso evolucionario orgánico. Poseyendo naturalmente una inteligencia dotada,

poderes de comunicación, capacidad para la organización institucional y una relativa libertad respecto del comportamiento instintivo, ellos redecoran su medioambiente -tal como lo hacen los seres no-humanos- hasta el límite de la capacidad de su equipamiento biológico. Es este equipamiento el que les posibilita generar los desarrollos sociales. No se trata tanto de que los seres humanos, en principio, se comporten de un modo distinto al de los animales o de que sean inherentemente más problemáticos en un sentido ecológico, sino que el desarrollo social por el cual ellos desbordan su desarrollo biológico frecuentemente se vuelve problemático para ellos mismos y para las formas de vida no-humanas. Cómo estos problemas emergen, las ideologías que ellos producen, la medida en la cual ellos contribuyen a la evolución biótica o su aborto y el daño infringido al planeta como totalidad, son cuestiones depositadas en el corazón mismo la de crisis ecológica moderna. La naturaleza segunda, lejos de producir el cumplimiento de las potencialidades humanas, es acribillada por contradicciones, antagonismos y conflictos de interés que han distorsionado las capacidades únicas de la humanidad para el desarrollo.

Contiene al mismo tiempo el peligro de destruir la biosfera y, dado un mayor desarrollo de la

humanidad hacia una sociedad ecológica, la capacidad para proveer una completamente nueva dispensa ecológica.

Jerarquía social y dominación

¿Cómo, entonces, es que lo social -eventualmente estructurado alrededor de grupos de estatus, con la formación de clases y fenómenos culturales- emerge desde lo biológico? Tenemos razones para especular que hechos biológicos como linaje, distribución por género y diferencias generacionales fueron lentamente institucionalizadas, siendo su dimensión exclusivamente social bastante igualitaria. Más tarde adquirió una forma jerárquica opresiva y luego la de clase explotadora. El linaje o lazo de sangre en la temprana prehistoria constituía obviamente la base orgánica de la familia. De hecho, el unirse colectivamente en grupos de familias que forman bandas, luego clanes y tribus, a través de los casamientos mixtos o de formas ficticias de descendencia, formaba lógicamente el horizonte social temprano de nuestros ancestros. Más que otros mamíferos, el simple hecho biológico de la reproducción humana y el prolongado tiempo de cuidado materno que requiere el infante, tiende a unir a hermanos/as [to knit siblings] en un grupo y a producir un fuerte sentido de solidaridad e intimidad grupal. Hombres, mujeres y sus hijos/as se unieron

con la condición de llevar una vida familiar estable y justa, basada en la obligación mutua y expresada en un sentimiento de afinidad que fue frecuentemente santificado por votos maritales de una clase u otra.

Fuera de la familia y todas sus reelaboraciones en bandas, clanes y tribus o similares, otros seres humanos eran considerados "extraños", quienes podían alternativamente ser hospitalariamente bienvenidos, o esclavizados, o asesinados. Lo común era un cuerpo de costumbres que probablemente fueran heredadas de tiempos inmemoriales. Aquello que llamamos moralidad se inicia con los mandamientos de una divinidad, de hecho ellas requieren alguna clase de reforzamiento supernatural o místico para ser aceptadas por la comunidad. Sólo tardíamente, empezando con los antiguos griegos, emergió el comportamiento ético, basado en la racionalidad y en la reflexión. El cambio desde la ciega costumbre a una moralidad directiva y, finalmente, a una ética racional ocurrió con el surgimiento de las ciudades y del cosmopolitismo urbano. La humanidad, gradualmente se desligo a sí misma del hecho biológico de los lazos de sangre, empezando a admitir al "extranjero/a" y cada vez reconociéndose a sí misma -como compartiendo una comunidad de seres humanos, en vez de como una

etnia- como una comunidad de ciudadanos/as, más que como parientes.

En el mundo social primordial y formativo que todavía debemos explorar, otros rasgos biológicos de la humanidad fueron rehechos desde lo estrictamente natural a lo social. Uno de estos fue el hecho de la edad y sus distinciones. En los grupos sociales emergentes que se desarrollaron entre los/as primeros/as humanos, la ausencia de lenguaje escrito ayudó a conferir a la gente mayor de un más alto grado de estatus, por ser quienes poseían la sabiduría tradicional de la comunidad, las líneas de parentesco que prescribían lazos maritales en obediencia al extenso tabú del incesto y a las técnicas de supervivencia que tenían que ser adquiridos tanto por miembros jóvenes y maduros/as del grupo. En adición a esto, el hecho biológico de la distinción de géneros fue lentamente rehecho a lo largo de las líneas sociales en lo que inicialmente fueron grupos complementarios de hermanas y hermanos. Las mujeres formaron sus grupos propios de recolectoras y cuidadoras con sus propias costumbres, sistemas de creencias y valores; mientras que los hombres constituyeron sus grupos de cazadores y guerreros con sus propias características de comportamiento, convenciones sociales e ideologías.

Por todo lo que sabemos sobre la socialización de los hechos biológicos del parentesco, los grupos de edad y de género -su elaboración en instituciones tempranas-, no hay razón para dudar de que la gente existiera en una relación de complementariedad con los/as demas. Cada uno/a, de hecho, estaba necesitado de los/as otros/as para formar un -relativamente estable- todo. Nadie "dominaba" al resto o intentaba privilegiarse a sí mismo en el día a día. Aun así, con el paso del tiempo, incluso los hechos biológicos que fundamentaban cada grupo humano fueron lentamente rehechos en varios periodos y en varios grados, hasta alcanzar una estructura jerárquica basada en el mando y la obediencia. Hablo aquí de un sendero histórico, de ninguna manera predeterminado por fuerza mística o deidad alguna; un sendero que frecuentemente no fue más allá de un muy limitado desarrollo entre muchas culturas preliterarias o aborígenes, e incluso en algunas civilizaciones más elaboradas. Ni podemos predecir cómo en la historia humana pueden haberse desarrollado ciertos valores femeninos asociados con el cuidado y la cría, sin ser ensombrecidos por valores masculinos asociados con el combate y el comportamiento agresivo.

La jerarquía en sus formas tempranas probablemente no estaba marcada por las cualidades más ásperas

que adquirió luego en la historia. Los/as ancianos/as, en el principio mismo de la gerontocracia, no sólo eran respetados por su sabiduría, además eran amados por jóvenes y su afecto era frecuentemente recíproco. Sólo podemos dar cuenta probable por el incremento en la estridencia y aspereza de las gerontocracias más tardías suponiendo que los ancianos y ancianas, agobiados/as con el decaimiento de sus fuerzas y dependiendo de la buena voluntad de la comunidad, fueron más vulnerables al abandono en periodos de necesidad material, que cualquier otro segmento poblacional. En cualquier caso, que las gerontocracias fueron las formas más tempranas de jerarquía es algo corroborado por su existencia en comunidades tan distantes una de la otra como los aborígenes australianos, las sociedades tribales en el Este de África y las comunidades indígenas americanas. "Incluso en las culturas simples de recolectores, los individuos sobre los cincuenta, aparentemente se arrojan a sí mismos ciertos poderes y privilegios los cuales los benefician a ellos especialmente", observa el antropólogo Paul Radin "...y no estaban dictados, en absoluto, por consideraciones a los derechos de los otros o al bienestar de la comunidad"[8]. Muchos consejos

[8] Paul Radin, The World of Primitive Man (New York: grove Press, 1960), p. 211.

tribales alrededor del mundo fueron en realidad consejos de ancianos y ancianas, una institución que nunca desapareció completamente (como lo sugiere la palabra "alderman" [concejal]), aunque fueran sobrepasadas por las sociedades de guerreros/as, los cacicazgos y los reinados.

El patricentrismo, en el cual los valores masculinos, sus instituciones y formas de comportamiento prevalecen sobre los femeninos, parece haber seguido a la gerontocracia. Inicialmente, este cambio pudo haber parecido inofensivo, en tanto que las sociedades preliterarias y aborígenes fueron mayormente comunidades domésticas en las cuales el auténtico centro material de la vida era el hogar, y no "la casa de los hombres" tan extensamente presente en las sociedades tribales. La dominación masculina, si tal cosa pudiera llamarse así, toma su forma más severa y coercitiva bajo el patriarcado, una institución en la cual el varón más viejo de una familia extensa o clan tiene el poder de vida-o-muerte sobre todos los miembros de su grupo. Las mujeres no son el único o ni siquiera el principal objetivo de la dominación patriarcal. A los hijos, como a las hijas, puede ordenárseles comprometerse, casarse y ser muertos por capricho del "viejo". Por lo que concierne a la patricentricidad, en cualquier caso, la autoridad y la prerrogativa masculinas son el

producto de una lenta y, frecuentemente, sutil negociación en la cual la fraternidad masculina tiende expulsar a la fraternidad femenina en virtud de las crecientes responsabilidades "civiles" de la primera. El incremento de la población, las bandas de extraños merodeadores cuyas migraciones pueden ser inducidas por la sequía u otras condiciones desfavorables y las vendettas de una clase u otra, por citar causas comunes de la hostilidad y la guerra, crearon una nueva esfera "civil" paralela a la esfera doméstica de las mujeres, que gradualmente invadió a esta última. Con la aparición de la agricultura de arado tirado por ganado, se inicia la invasión masculina de la esfera femenina de la horticultura, quienes usaban un palo para excavar, y su temprano predominio de la vida económica dentro de la comunidad, se disuelve. Las sociedades guerreras y los jefes llevan el impulso de la dominación masculina a un nuevo nivel de desarrollo material y cultural. La dominación masculina se vuelve demasiado activa y en última instancia conduce a un mundo manejado por elites masculinas que dominan no sólo a las mujeres, sino también a los hombres.

El "por qué" emerge la jerarquía es algo suficientemente transparente: las enfermedades de la edad, el incremento poblacional, los desastres naturales, ciertos cambios tecnológicos que

privilegian las actividades masculinas de la caza y cuidado de animales sobre las funciones de la horticultura femenina, el crecimiento de la sociedad civil, la expansión de las guerras. Todas ellas sirven para resaltar las responsabilidades masculinas a expensas de las femeninas. Los teóricos marxistas tienden a resaltar los avances tecnológicos y el supuesto excedente material que ellos producen para explicar la emergencia del estrato de la élite —de hecho, las clases explotadoras. Como sea, esto no nos dice por qué muchas sociedades las cuales sus medioambientes eran abundantemente ricos en comida nunca produjeron ese estrato. Que esos excedentes son necesarios para sostener las elites y clases superiores es obvio, como lo señaló Aristóteles hace más de dos milenios. Pero también muchas comunidades que tuvieron a su disposición tales recursos permanecieron bastante igualitarias y jamás "avanzaron" hacia sociedades jerárquicas o de clases.

Vale la pena enfatizar que la dominación jerárquica, tan coercitiva como puede ser, no debe confundirse con la explotación de clases. Es frecuente que el rol de los individuos de alto estatus sea bien conocido, como en el caso de las órdenes dadas por los padres a sus hijos, de preocupados cónyuges el uno al otro, o de los mayores a los más jóvenes. En las sociedades tribales, incluso cuando una gran cantidad de

autoridad es acumulada por el jefe —y la mayoría de los jefes son consejeros más que legisladores—, lo común es que él deba ganarse la estima de la comunidad por medio de interacción con las personas y pueda ser ignorado o removido de su posición por ellos. Muchos jefes se ganan su prestigio, tan esencial para su autoridad, por medio de regalos, e incluso a través una considerable merma de sus bienes personales. El respeto acordado a muchos jefes es ganado, no por el acaparamiento de excedentes como medios para el poder, sino por la disposición de ellos como muestra de generosidad.

Las clases tienden a operar sobre líneas diferentes. El poder es usualmente ganado por la adquisición de bienestar, no por su dilapidación; el gobierno es garantizado por la coerción física directa, no por la simple persuasión; y el Estado es el último garante de la autoridad. Que la jerarquía está más firmemente establecida que la dominación de clase quizás pueda verificarse por el hecho de que las mujeres han sido dominadas por milenios, a pesar de los dramáticos cambios en las sociedades de clases. Bajos las mismas premisas, la abolición del dominio de clases y de la explotación no ofrece ninguna garantía de que lo-que-sea que elabora las jerarquías y los sistemas de dominación vaya a desaparecer.

En las sociedades no jerárquicas e incluso en algunas sociedades jerárquicas, ciertas costumbres guían el comportamiento humano a lo largo de lineamientos básicamente decentes. De importancia primaria entre las costumbres tempranas fue la de la "ley del mínimo irreductible" (por usar una expresión de Radin), la noción compartida de que todos los miembros de la comunidad tienen derecho a los medios para su subsistencia, sin importar la cantidad de trabajo que puedan realizar. El negarle a alguien comida, abrigo o los medios básicos para la vida a causa de la enfermedad o incluso el comportamiento frívolo puede ser visto como una negativa atroz del derecho mismo a la vida. Los recursos y las cosas necesarias para el sostenimiento de la comunidad jamás fueron completamente propiedad privada: sobrepasar el control individual fue el más conocido principio del usufructo -noción de que los medios para la vida que no están siendo usados por un miembro del grupo pueden ser usados, en tanto sea necesario, por otro. Esas tierras sin uso, huertas e incluso herramientas o armas, en tanto que abandonadas, estaban a disposición de cualquiera en la comunidad que tuviera necesidad de ellas. Por último, la costumbre fomentó la práctica de la ayuda mutua, el muy sensible comportamiento cooperativo de compartir las cosas y el trabajo, de manera que individuos o familias que gozan de bienestar

esperaban ser ayudados por otros/as si su suerte cambiaba para peor. Tomadas como una totalidad, estas costumbres se sedimentaron de tal forma en la sociedad que persistieron mucho después que la jerarquía se volviera opresiva y la sociedad de clases predominante.

La idea de dominar la naturaleza

La «naturaleza», en el sentido extendido de un medioambiente biótico desde el cual los humanos toman las simples cosas que necesitan para sobrevivir, frecuentemente no tiene significado en los pueblos pre-literarios. Inmersos en la naturaleza como en el mismo universo en el que viven, ésta no tiene significado especial, incluso cuando celebran rituales animistas y ven al mundo circundante como un nexo de la vida, frecuentemente imputándole sus propias instituciones sociales al comportamiento de varias especies, como es el caso de «las represas de los castores» y los espíritus cuasi humanos. Palabras que expresan nuestra noción de naturaleza no son fáciles de encontrar, si es que existen, en los lenguajes de los pueblos aborígenes.

Con el surgimiento de la jerarquía y de la dominación humana, como sea, se plantan las semillas para la creencia de que la naturaleza no sólo existe como un mundo aparte, sino que además está

genéricamente organizado y puede ser dominado. El estudio de la magia revela este cambio claramente. Las tempranas formas de la magia no veían a la naturaleza como un mundo aparte. Su visión del mundo tiende a ser tal, que el o la practicante esencialmente ruegan al «espíritu jefe» del juego para que coaccione a un animal en la dirección de su flecha o lanza. Más tardíamente, la magia se vuelve enteramente instrumental; [el/la participante en] la situación la coacciona por medio de técnicas mágicas para convertirse en el cazador o la cazadora de la presa. Mientras que las formas más tempranas de magia pueden ser consideradas como prácticas de comunidades generalmente no jerárquicas e igualitarias, las formas tardías de creencias animistas denuncian una visión más o menos jerárquica del mundo natural y de los latentes poderes humanos de dominación.

Debemos enfatizar, aquí, que la idea de la dominación de la naturaleza tiene su fuente primaria en la dominación del ser humano por el ser humano y en la estructuración del mundo natural en una jerárquica cadena del Ser (una concepción estática, incidentalmente, que no tiene relación con la evolución de la vida en formas de subjetividad y flexibilidad gradualmente avanzadas). Es que el mandato bíblico que da a Adán y a Noé poder sobre

el mundo viviente fue sobre todo expresión de una dispensa social. Su idea del dominio sobre la naturaleza sólo puede ser superada a través de la creación de una sociedad sin esas clases y sin esas estructuras jerárquicas que permiten el dominio y la obediencia tanto en la vida privada como en la pública. El que esta nueva organización envuelve cambios en las actitudes y en los valores, es algo que ni deberíamos mencionar. Pero estas actitudes y valores permanecen vaporosas si no se les da sustancia a través de instituciones objetivas, las formas en que los humanos interactúan unos con otros concretamente y en las realidades de la vida de cada día, desde el sueño de los niños y niñas, al trabajo y el juego. Hasta que los seres humanos dejen de vivir en sociedades que están estructuradas alrededor de jerarquías tanto como de clases económicas, nunca estaremos libres de la dominación, sin importar cuánto tratemos de disiparla con rituales, encantamientos, eco-teologías y la adopción de aparentes modos de vida «natural».

La idea de la dominación de la naturaleza tiene una historia tan antigua como la jerarquía misma. Ya en el poema épico Gilgamesh de Mesopotamia, un drama que puede ser datado aproximadamente 7000 años atrás, el héroe desafía a las deidades y corta sus árboles sagrados en su búsqueda por la

inmortalidad. La Odisea es una vasta memoria del viaje de un guerrero griego, uno más astuto que heroico, quien básicamente se deshace de las deidades de la naturaleza que el mundo helénico heredó de sus menos conocidos precursores. Que las sociedades elitistas devastaron tanto la cuenca del Mediterráneo como las laderas de China provee de amplia evidencia de que las sociedades jerárquicas y de clases habían iniciado una reconstrucción radical del planeta y el modo de explotación mucho antes de que emergiera la ciencia moderna, la racionalidad «lineal» y la «sociedad industrial», por citar factores causales que son invocados tan libremente en el moderno movimiento ecologista. La naturaleza segunda, estemos seguros/as, no ha creado un Jardín del Edén al estar constantemente absorbiendo e hiriendo a la naturaleza primera. Bastante frecuentemente, ha destruido mucho de lo que era hermoso, creativo y dinámico en el mundo biótico, de la misma forma que ha devastado la vida humana misma con guerras homicidas, genocidio y actos de opresión inmisericorde. La ecología social se rehúsa a ignorar el hecho de que el daño que la sociedad elitista inflige sobre el mundo natural es más que equiparable al daño que infringe en la humanidad; no pasa por alto el hecho de que el destino de la vida humana está unido de la mano con el destino del mundo no-humano.

Pero las costumbres del mínimo irreductible, del usufructo, de la ayuda mutua no pueden ser ignoradas, sin importar cuán problemáticas se manifiestan las enfermedades producidas por la naturaleza segunda. Estas costumbres persisten bien dentro de la historia y saltan a la superficie casi explosivamente en los masivos levantamientos populares, desde las tempranas revueltas en el antiguo Sumer hasta el tiempo presente. Ellas reclaman por la recuperación de los valores solidarios y comunitarios cuando se encuentran bajo el embate del elitismo y la opresión de clase. De hecho, a pesar de los ejércitos que han vagado por los campos de batalla, de los recaudadores de impuestos que han expoliado a las aldeanos y aldeanas comunes y a los abusos diarios que les fueron infligidos por los capataces a los trabajadores y trabajadoras, la vida comunitaria continúa persistiendo y reteniendo muchas de sus más valoradas cualidades, propias de un pasado más igualitario. Ni los antiguos déspotas ni los señores feudales pudieron aniquilarlas completamente en las aldeas campesinas o en los pueblos con gremios de artesanos independientes. En la antigua Grecia, las religiones basadas en la austeridad y, más significativamente, una filosofía racional rechazaron el sometimiento de los pensamientos y de la vida política a deseos extravagantes, tendiendo a

disminuir el número de necesidades y a delimitar el apetito humano por bienes materiales. Ello sirvío para desacelerar la innovación tecnológica hasta el punto donde nuevos medios de producción pudieran ser sensiblemente integrados en una sociedad balanceada. Los mercados medievales fueron modestos, usualmente de nivel local y en ellos los gremios ejercían un estricto control sobre los precios, la competencia y calidad de los bienes producidos por sus miembros.

"¡Crece o muere!"[9]

Pero así como las jerarquías y las estructuras de clase tienden a adquirir su propio momento y a permear mucho en la sociedad, así el mercado comienza a ganar una vida propia y a extender sus bordes más allá de limitadas regiones hacia los vastos continentes profundos. El intercambio deja de ser primariamente un medio para proveer a sus modestas necesidades, subvirtiendo los límites que impusieron sobre el los gremios y las restricciones morales y religiosas. No sólo generó el lugar para técnicas mucho más elaboradas para incrementar la

[9] Citado por Alan Wolfe, "Up from Humanism", in The American Prospect (Winter, 1991), p. 125. [En la versión digital usada como fuente de la presente traducción, la ubicación exacta de la presente nota está perdida. (n. del t.).]

producción; también fue el creador de las necesidades, que le dieron un explosivo ímpetu al consumo y a la tecnología, muchas de las cuales son simplemente inútiles. Primero en el norte de Italia y en los Países Bajos europeos, luego -y más efectivamente- en Inglaterra durante los siglos XVII y XVIII, la producción de bienes exclusivamente para la venta por ganancia (la mercancía capitalista) rápidamente barrió con todas las barreras sociales y culturales al crecimiento del mercado.

Hacia fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, la nueva clase de capitalistas industriales, con su sistema de fábricas y el compromiso con una expansión sin límites, inician la colonización del mundo entero y, finalmente, de la mayor parte de la vida de las personas. Contrarios a la nobleza feudal, quienes tenían sus amadas tierras y castillos, los burgueses no tenían otro hogar que el mercado o la bóveda del banco. Como clase, ellos convirtieron más y más el mundo en el creciente dominio de las fábricas. Los conquistadores/as del mundo antiguo o medieval normalmente ponían todas sus ganancias juntas invirtiéndolas en tierras y viviendo como nobleza rural —dado los prejuicios de sus épocas contra las ganancias "mal habidas" del comercio. Por otro lado, los capitalistas industriales del mundo moderno han generado una amarga competencia que

valora altamente la expansión industrial y el poder comercial que confiere, y funciona como si el crecimiento fuera un fin en sí mismo.

Es de importancia crucial, en ecología social, que se reconozca que el crecimiento industrial no es el resultado de un cambio en las perspectivas culturales solamente y, menos aún, del impacto de la racionalidad científica en la sociedad. Este crecimiento, se deriva sobretodo de factores objetivos fuertemente estimulados por la expansión del mercado mismo, factores que son altamente permeables a las consideraciones morales y a los esfuerzos de la persuasión ética. De hecho, a pesar de la cercana asociación entre desarrollo capitalista e innovación tecnológica, el imperativo rector del mercado capitalista, dada la deshumanizada competición que lo define, es la necesidad de crecer y de evitar la muerte a manos de competidores/as salvajes. Tan importante como la codicia o el poder conferido por el bienestar puedan ser, la pura supervivencia requiere de los/as empresarios/as que deban expandir sus aparatos productivos para mantenerse a la cabeza de otros/as empresarios/as y tratar, en realidad, de devorárselos/as. La clave para esta ley de vida -la supervivencia- es la expansión y las grandes ganancias, para ser invertidas en todavía más expansión. En la práctica, la noción de progreso,

una vez identificado por nuestros/as ancestros/as como la fe en la evolución en una mayor solidaridad y cooperación humana, es ahora identificada con el crecimiento económico.

El esfuerzo de muchos bien intencionados teóricos y teóricas ecologistas para reducir la crisis ecológica a un problema más cultural que social puede volverse fácilmente molesto. Sin importar cuán ecológico pueda ser un empresario, la cruda realidad es que su propia supervivencia en el mercado excluye cualquier significativa orientación ecológica. La participación en prácticas ecológicamente racionales coloca a un empresario moralmente interesado en una sorprendente, en verdad, fatal desventaja en relación con su rival. Notablemente aquel carece de preocupaciones ecológicas y por ello produce a un menor costo y obtiene una mayor ganancia para futuras expansiones de capital.

En la práctica, al difundir que el movimiento y la ideología ambientalistas simplemente moralizan sobre la "debilidad" de nuestra sociedad anti-ecológica y enfatizar el cambio en la vida privada y las actitudes individuales, se obscurece la necesidad de una acción social. Las Corporaciones son expertas en manipular esta aspiración de mostrarse con una imagen ecológica. Mercedes-Benz, por ejemplo, declara en un anuncio de dos páginas, decorado con

la pintura de un bisonte en la pared de una cueva del Paleolítico, que "debemos trabajar por hacer más ambientalmente sustentable el progreso por medio de la inclusión de la cuestión ambiental en la planeación de nuevos productos"[10]. Tales mensajes engañosos son un lugar común en Alemania, uno de los peores contaminadores de Europa occidental. Publicidad igual de autoindulgente existe en los Estados Unidos, donde los más grandes contaminadores píamente declaran para sí mismos, "Cada día es el Día de la Tierra".

El punto que enfatiza la ecología social no es que los cambios morales o espirituales sean innecesarios o un sinsentido, sino que el capitalismo moderno es estructuralmente amoral y por lo tanto es impermeable a cualquier tipo de confrontación moral. El mercado moderno tiene sus propios imperativos, sin importar quien se sienta en el asiento del conductor o quien va colgado de la baranda. La dirección que sigue no depende de factores éticos sino más bien de las leyes sin sentido de la oferta y la demanda, el "crece o muere", el devorar o ser devorado. Máximas como "los negocios son negocios", explícitamente nos dicen que los factores éticos, religiosos, psicológicos y emocionales

[10] Ver Der Spiegel, del 16 de septiembre de 1991, pp. 144-145.

no tienen ningún lugar en el mundo impersonal de la producción, la ganancia y el crecimiento. Es groseramente erróneo pensar que podemos despojar este brutal y materialista, es más, mecánico mundo de su carácter objetivo, que podemos evaporar estos crudos hechos en vez de transformarlos.

Una sociedad basada en el "crece o muere" como su imperativo omnipresente debe necesariamente tener un devastador impacto ecológico. Dado el imperativo de crecer generado por la competición del mercado, significaría poco o nada sí hoy mismo la población se redujera a una fracción de lo que es actualmente. En tanto que los empresarios/as deban siempre expandirse si es quieren sobrevivir, la tasa media que ha fomentado el consumo sin sentido debería movilizarse hacia un incremento de las compras de bienes, sin que importe la necesidad que haya de ellos. Por lo tanto sería "indispensable" para la opinión pública el poseer dos o tres aparatos de cada tipo, automóviles, aparatos electrónicos, etc., cuando uno hubiera sido más que suficiente. Sumemos a esto, que los/as militares seguirían demandando nuevos y más letales instrumentos de muerte, de los cuales se requerirían nuevos modelos anualmente.

Incluso las tecnologías "blandas" producidas por un mercado regido por el "crece-o-muere" son usadas para los fines destructivos del capitalismo. Hace dos

siglos, los bosques de Inglaterra fueron cortados para abastecer las forjas de hierro con hachas que no han cambiado de forma apreciable desde la Edad de Bronce y barcos de velas cargados de mercancías navegaron hacia todas las partes del mundo hasta bien entrado el siglo XIX. Es verdad que mucho de los Estados Unidos fue "limpiado" de sus bosques, vida salvaje, suelo y de habitantes aborígenes con herramientas y armas que deberían ser fácilmente reconocibles, sin importar cuanto las hayan modificado, por gente del Renacimiento que no había alcanzado la revolución industrial todavía. Lo que las técnicas modernas hicieron fue acelerar un proceso que estaba bien encaminado hacia fines de la Edad Media. Por sí mismo no devastó el planeta; pero instigó un fenómeno, el siempre expansivo sistema de mercado que tiene sus raíces en una de las transformaciones sociales más fundamentales: la elaboración de la jerarquía y de las clases en un sistema de distribución basado en el intercambio, más que en la complementariedad y la ayuda mutua.

Una sociedad ecológica

La Ecología Social no solamente apela a una regeneración moral sino también, y sobre todo, por una reconstrucción social sobre lineamientos ecológicos. Enfatizamos que el llamamiento ético al poder (que encarna las ciegas fuerzas del mercado y

las relaciones competitivas), tomado en sí mismo, es probablemente fútil. De hecho, tomado en sí mismo, frecuentemente oscurece las verdaderas relaciones de poder que prevalecen hoy en día al hacer que se crea que es posible alcanzar una sociedad ecológica con un simple cambio de "actitud", con un "cambio espiritual" o una redención cuasi-religiosa.

Aunque siempre consciente de la necesidad de cambio espiritual, la Ecología Social busca reparar el abuso ecológico que la sociedad ha infringido sobre el mundo natural yendo a las causas estructurales tanto como a las subjetivas, -de nociones como la de "dominación de la naturaleza"-. Esto es, desafiar al sistema completo de dominación en sí mismo y buscar eliminar el edificio de las clases y las jerarquías que se han autoimpuesto sobre la humanidad y que definen la relación existente entre la naturaleza no-humana y la naturaleza humana. Sus avances en una ética de la complementariedad, en la cual los seres humanos deben tener un rol de apoyo para perpetuar la integridad de la biosfera son, potencialmente, al menos, el más consciente producto de la evolución natural. De hecho, los seres humanos parecen tener la responsabilidad moral de funcionar creativamente en el desenvolvimiento de esa evolución. La Ecología Social subraya la necesidad de corporizar su ética de la

complementariedad en instituciones sociales palpables que le darán sentido activo a su objetivo de totalidad y al involucramiento de los humanos como agentes morales y conscientes en el intercambio entre especies.

Busca el enriquecimiento de los (. . .)

(Páginas faltantes: 370 y 371)[11][12]

(. . .) la legitimación de lo que tan frecuentemente se ve hoy en día. Significa el cuidado entre los/as afiliados/as de los intereses de la comunidad, una en la cual el interés comunal está colocado por sobre el interés personal; o, más propiamente, una en la que el interés personal sea congruente con y se realice a través del interés común.

[11] Todos estos puntos de vista fueron descritos en el ensayo "Ecología y Pensamiento Revolucionario", escrito por el autor en 1965, y fueron asimilados con el paso del tiempo por subsecuentes movimientos ecológicos. Muchas de las perspectivas adelantadas un año después en "Hacia una Tecnología para la liberación" fueron también asimiladas y renombradas como "tecnologías apropiadas", una expresión socialmente neutral en comparación con mi término original de "ecotecnología". Ambos ensayos pueden encontrarse en Post-Scarcity Anarchism [La presente nota y la que le siguen, se hallan perdidas en el cuerpo de texto faltante de la versión usada para esta traducción].

[12] Véanse los ensayos "Las Formas de la Libertad", en Post-Scarcity Anarchism; "The Legacy of Freedom", en The Ecology of Freedom; y "Patterns of Civic Freedom", en The Rise of Urbanization and the Declines of Citizenship, San Francisco: Sierra Club Books, 1987.

La propiedad, en esta constelación ética, debería ser compartida y, en las mejores circunstancias, pertenecer a la comunidad como un todo, no a los productores/as (trabajadoras/os) o a los propietarios/as (los/as capitalistas). En una sociedad ecológica compuesta de "Comunas de Comunas", la propiedad no pertenecería, en última instancia, ni a los/as propietarios/as ni a la nación-estado. La Unión Soviética levantó una despótica burocracia; la visión anarco-sindicalista de fábricas competitivas "bajo-control-obrero" trajo aparejada en última instancia una burocracia del trabajo. Desde el punto de vista de la Ecología Social, el "interés" en la propiedad podría generalizarse, sin que se reconstituya de formas diferentes e inmanejables. El mismo podría municipalizarse, en vez de nacionalizarse o privatizarse. Así los y las trabajadoras, campesinas/os, profesionales, etc., deberían lidiar con la propiedad municipalizada y no como miembros de un grupo social o vocacional. Dejando de lado cualquier discusión sobre cómo esa visión de la rotación del trabajo se realice, los ciudadanos que se comprometan en ambas actividades, industriales y agrarias, y los profesionales que también realicen trabajo manual; las ideas comunales adelantadas por la ecología social, darían lugar a personas para quienes el interés colectivo es inseparable del

personal, el interés público inseparable del privado y el interés político inseparable del social.

La reorganización de las municipalidades, su confederalización en una siempre mayor red que forme un poder que se oponga al de la nación-estado, la reconstrucción de los componentes republicanos en ciudadanos y ciudadanas, quienes participan en una democracia directa, todo ello puede llevar un considerable periodo de tiempo hasta que se realice. Pero al final, sólo estas personas pueden eliminar la dominación de los humanos por los humanos y, por tanto, lidiar con aquellos problemas ecológicos cuya creciente magnitud amenaza la existencia de una biosfera que pueda soportar formas de vida avanzadas. El ignorar la necesidad de estos cambios radicales, pero eminentemente prácticos, podría generar su agravamiento y expansión hasta el punto en el que ya no haya ninguna chance de resolverlos. Cualquier intento que ignore su impacto sobre la biosfera o que trate con ellos superficialmente podría ser la receta para el desastre, una garantía que la sociedad anti-ecológica que prevalece en la mayor parte del mundo actualmente, puede ciegamente precipitar a la biosfera como la conocemos hacia una destrucción segura.

Murray Bookchin.

El concepto de Ecología Social

La tensión entre dos perspectivas ha alterado ya la moral del orden social tradicional. Hemos comenzado una época que ya no se caracteriza por la estabilidad institucional, sino por la decadencia de las instituciones[13]. Una creciente alienación se extiende sobre las formas, las aspiraciones, las demandas y todas las instituciones del orden establecido. La más exuberante y dramática evidencia de esta alienación se dio en los años 60, cuando la "revuelta juvenil" estalló en lo que intentó ser una contracultura o cultura paralela. Ese período se caracterizó por algo más que la protesta y el nihilismo adolescente. Casi intuitivamente, nuevos valores de sensibilidad, nuevos estilos de vida comunal, cambios en la vestimenta, el lenguaje y música, todos ellos sustentados por la ola de un profundo sentimiento de inminente cambio social, impregnaron a una considerable fracción de toda una generación. Aún no sabemos en qué sentido esa ola comenzó a decaer: si como un retroceso histórico o como una transformación en un proyecto serio de

[13] Publicado en la revista Comunidad Nº 47. Montevideo, abril-mayo 1985.

desarrollo personal y social. Que los símbolos de este movimiento se hayan convertido en artefacto de una nueva industria cultural no altera los profundos efectos de tal movimiento. La sociedad occidental no volverá jamás a ser la misma, más allá de los académicos despectivos y sus críticas de "narcisismo".

Lo que le otorga significación a este incesante movimiento de desinstitucionalización e ilegitimación es que ha hallado una sólida adhesión en un vasto estrato de la sociedad occidental. La alienación alcanza no sólo a pobres sino también a los y las relativamente acomodados/as, no sólo a jóvenes sino a sus mayores también, no sólo a los y las visiblemente explotados/as, sino a los y las aparentemente privilegiados/as. El orden dominante ha comenzado a perder la lealtad de ciertos estratos sociales que tradicionalmente te brindaban su apoyo y sobre los cuales ese orden se apoyaba firmemente en épocas previas.

Crisis social

Por crucial que parezca esta decadencia de las instituciones y de los valores, esto no elimina en absoluto los problemas que afronta la sociedad actual. Entrelazada con la crisis social hay una crisis

que ha surgido directamente de la explotación del planeta por el hombre[14].

La sociedad establecida hace frente hoy a una descomposición no sólo de sus valores e instituciones, sino también de su medio ambiente natural. Este no es un problema exclusivo de nuestra época: las desecadas tierras del Cercano Oriente, las áreas donde tuvieron su origen la agricultura y el urbanismo, son una evidencia de lo antiguo del saqueo humano. Pero estos ejemplos empalidecen ante la destrucción masiva del medio ambiente que viene aconteciendo desde los primeros días de la Revolución Industrial y especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial. Los daños ocasionados al entorno natural por la sociedad contemporánea afectan al planeta de forma íntegra. La explotación y contaminación de la tierra ha dañado tanto la integridad de la atmósfera, el clima, los recursos

[14] Intencionadamente uso aquí la palabra "hombre". El actual abismo entre humanidad y naturaleza ha sido precisamente tarea del varón, que según las memorables líneas de T. Adorno y M. Horkheimer "sonaba con adquirir el dominio absoluto de la naturaleza, convertir el cosmos en un inmenso campo de cacería" (Dialéctica del Iluminismo). Por mi parte, hubiese estado dispuesto a sustituir "un inmenso campo de cacería" por "un inmenso campo de matanza", para lograr una descripción más precisa de nuestra "civilización" machista.

hidráulicos, el suelo, la flora y la fauna de regiones específicas, como también los ciclos naturales básicos de los cuales depende toda la vida sobre el planeta.

No obstante, la capacidad de destrucción del hombre contemporáneo es una quijotesca evidencia de su capacidad para la reconstrucción. Los poderosísimos agentes tecnológicos que hemos desencadenado contra el entorno natural incluyen muchos de los factores esenciales que serán imprescindibles para su rehabilitación. De lo que principalmente carecemos es de la conciencia y sensibilidad que nos ayudarían a alcanzar tan deseable finalidad; una conciencia y una sensibilidad mucho más totalizadora y profunda de lo que habitualmente estos dos términos definen. Nuestras definiciones deberán incluir no sólo la habilidad para razonar lógicamente y responder emocionalmente de un modo equilibrado; sino que, además, deberán implicar una capacidad de darse cuenta de la correlación existente entre todas las cosas y una predisposición imaginativa ante lo posible. En este sentido, Marx estaba en lo correcto al enfatizar que la revolución que nuestra época requiere debe extraer su poesía no del pasado, sino del futuro, de las potencialidades humanas que subyacen en el horizonte de la vida social.

Esa conciencia y esa sensibilidad nueva no podrán ser sólo poéticas; deberán ser científicas también. Por cierto, hay un nivel en que nuestra conciencia no debe ser ni poética ni científica, sino una trascendencia de ambas cualidades en pos de una relación nueva entre teoría y práctica, una habilidad para combinar la fantasía con la razón, la imaginación con la lógica y lo visionario con lo técnico. No podemos deshacernos de nuestro legado científico sin retornar a una tecnología rudimentaria con sus grilletes de inseguridad material, fatiga y renunciación. Por lo mismo, tampoco podemos permitirnos caer en una visión mecanicista y su tecnología deshumanizante, con sus grilletes de alienación, competitividad, y brutal negación de las potencialidades de la Humanidad. La poesía y la imaginación deben estar integradas con la ciencia y la tecnología, pues hemos evolucionado más allá de una inocencia que sólo puede nutrirse de mitos y sueños.

¿Hay una disciplina científica que deje espacio para la indisciplina de la fantasía, de la imaginación, de la habilidad? ¿Podría tal disciplina englobar los problemas creados por la crisis social y ambiental de nuestra época? ¿Podría integrar la crítica con la reconstrucción, la teoría con la práctica, la visión con la técnica?

En vista de las enormes dislocaciones con las que hoy nos confrontamos, nuestra época genera la necesidad de un cuerpo de conocimientos –tanto científicos como sociales– más aprehensivo y visionario, para resolver nuestros problemas. Sin renunciar a los beneficios de las teorías científicas y sociales precedentes, estamos obligados a desarrollar un análisis crítico más maduro de nuestra relación con el mundo natural. Debemos hallar las bases para una aproximación más reconstructiva a los graves problemas que nacen de las aparentes "contradicciones" entre naturaleza y sociedad. No podemos permitirnos seguir cautivos de la tendencia habitual dentro de las ciencias tradicionales, que diseccionan los fenómenos para examinar sus fragmentos. Debemos combinarlos, relacionarlos y verlos en su totalidad así como en su especificidad.

Ecología social, una nueva disciplina.

En respuesta a esas necesidades hemos formulado una disciplina específica para nuestra época: la Ecología Social. El mejor término para "ecología" fue acuñado por Ernst Haeckel en el siglo pasado para definir la investigación de las interrelaciones entre animales, plantas y su entorno inorgánico. Desde los días de Haeckel este término se ha ido expandiendo hasta incluir ecologías de ciudades, de la salud y de la

mente. Esta proliferación de una palabra en áreas tan dispares puede aparecer particularmente deseable en una época que busca fervientemente algún tipo de coherencia espiritual y unidad de percepción.

Pero el término "ecología" también puede ser extremadamente traicionero, al igual que otras palabras recientes como "holismo" o "descentralización", corriendo peligro de quedar suspendido en el aire, sin raíces, ni contexto, ni textura. A menudo es utilizado como una metáfora, como un tentador reclamo que pierde la lógica, potencialmente estimulante, de sus premisas.

Así es como la verdad radical de estas palabras puede ser fácilmente neutralizada. "Holismo" se evapora en un suspiro místico, una expresión retórica del compañerismo y el comunitarismo ecologista que acaba siendo utilizada hasta en saludo, como "holísticamente suyo". Lo que alguna vez fue una seria postura filosófica hoy se ve reducido a un *clisé* ambientalista. Con "descentralización" se da a entender comúnmente opciones logísticas al gigantismo, pero no a la escala humana que haría posible una democracia íntima y directa.

Con ecología pasa peor aún. Demasiado a menudo se torna una metáfora, como la palabra "dialéctica",

para cualquier clase de integración o desarrollo. Quizá más alarmante aún, ese término ha identificado en los últimos años a una muy cruda forma de ingeniería natural que bien podría denominarse "ambientalismo".

Ecologistas y ambientalistas

Soy consciente de que muchos individuos orientados hacia el ecologismo utilizan indistintamente "ecología" y "ambientalismo". Aquí yo desearía establecer una distinción conveniente semánticamente. Por "ambientalismo" propongo designar una perspectiva mecanicista e instrumental que ve la naturaleza como un hábitat pasivo, compuesto de "objetos" tales como animales, plantas y minerales, que deben administrarse del modo más aprovechable para el uso humano. Según mi utilización del término, el "ambientalismo" tiende a reducir la naturaleza a un depósito de "recursos naturales" o "materia primas". Dentro de tal contexto, muy poco puede extraerse del vocabulario ambientalista que se fundamente en una naturaleza social. Las ciudades devienen "recursos urbanos". Si la palabra "recursos" aflora tan frecuentemente en las discusiones ambientalistas sobre naturaleza, ciudades e individuos, hay un factor, mucho más importante que el mero uso del término que está en

cuestión. El ambientalismo, tiende a considerar el proyecto ecologista para lograr una relación armónica entre la humanidad y la naturaleza, más como una tregua que como un equilibrio permanente. La armonía de los ambientalistas se centra en el desarrollo de nuevas técnicas para saquear el entorno natural con la menor alteración posible del hábitat humano. Los ambientalistas no cuestionan la premisa más básica de la sociedad contemporánea: que la humanidad debe dominar la naturaleza. Más bien, trata de favorecer esta noción mediante el desarrollo de técnicas que reduzcan los riesgos ocasionados por la irreflexiva expoliación del medio ambiente.

Para distinguir ecología de ambientalismo y de otras definiciones abstractas y, a menudo, confusionistas, debo regresar a su origen y explorar su implicación directa sobre la sociedad. Dicho brevemente, la ecología trata del equilibrio dinámico dentro de la naturaleza, de la interdependencia entre lo viviente y lo inanimado. Puesto que la naturaleza incluye también a los seres humanos, la ciencia debe comprender el papel de la humanidad dentro del mundo natural; específicamente, el carácter, la forma y la estructura de las relaciones humanas respectos a las demás especies y a los substratos inorgánicos del entorno biológico. Desde un punto de vista crítico, la

ecología presenta -de un modo amplio- el enorme desequilibrio resultante de la división entre humanidad y mundo natural. Una de las especies más raras del mundo natural, el *Homo sapiens*, se ha desarrollado lenta y laboriosamente desde ese mundo natural hacia un mundo social propio. Puesto que ambos mundos interactúan recíprocamente mediante fases evolutivas sumamente complejas es tan importante hablar de una ecología social como hablar de una ecología natural.

Integración

Permítaseme recalcar que el error al estudiar esas fases de la evolución humana –que han producido una larga sucesión de jerarquías, clases, ciudades y, finalmente, Estados, se origina al ignorar el concepto de "ecología social". Desafortunadamente, esta disciplina ha sido bloqueada por acólitos autoproclamados que continuamente intentan confundir todas las fases del desarrollo natural y humano en una "unicidad" (no totalidad) universal, una monótona "noche en la que todos los gatos son pardos", para aplicar una de las cáusticas frases de Hegel, a un misticismo ampliamente aceptado que se disfraza con la verborragia ecologista. Por lo menos, nuestro común uso del término "especie" para referirnos a la riqueza de la vida que nos rodea,

debería alertarnos sobre el hecho de la especificidad, de la particularidad, la rica abundancia de seres y cosas diferenciadas que constituyen el motivo básico de la ecología natural. Al explorar esas diferencias, al examinar las fases que colaboraron para su existencia, con el largo desarrollo humano de la animalidad a la sociedad –un desarrollo latente, con tantos problemas como posibilidades– implicaría hacer de la ecología social una de las disciplinas más aptas para reforzar nuestra crítica del actual orden social.

Pero la ecología no sólo aporta una crítica de la separación entre humanidad y naturaleza; también afirma la necesidad de subsanarla. Más aún, afirma la necesidad de trascenderla radicalmente. Como señalara E. A. Gutkind: "La meta de la ecología social es la totalidad y no la mera suma de innumerables detalles tomados al azar e interpretados subjetiva e insuficientemente". La ciencia se ocupa de las relaciones sociales y naturales en las comunidades o "ecosistemas"[15]. Al concebirlos holísticamente, es

[15] El término "ecosistema" o sistema ecológico es a menudo utilizado con bastante negligencia en muchos trabajos ecológicos. Aquí lo empleo, como en ecología natural, para definir una comunidad animal/planta claramente demarcable y los factores necesarios para su sustentación. Lo uso también en ecología social para referirme a una comunidad humano/natural o sea, los factores sociales u orgánicos que se interrelacionan para constituir la base de una comunidad ecológicamente equilibrada.

decir, en los términos de su interdependencia mutua, la ecología social busca descubrir las formas y modelos de interrelación que permiten comprender una comunidad, ya sea natural o social. El holismo, en este caso es resultado de un esfuerzo consciente para discernir cómo se ordenan las particularidades de una comunidad, cómo su geometría (según lo plantearían los antiguos griegos) hace que el todo sea más que la suma de sus partes. Por ello, la totalidad a la que Gutkind hace referencia no debe confundirse con una unicidad espectral que torna a la disolución cósmica en un nirvana sin estructura alguna; la totalidad es una estructura ricamente articulada que posee una historia y una lógica interna propia. Lo hasta aquí expresado basta para señalar que la totalidad no es una universalidad pálida e indiferenciada que supone la reducción de un fenómeno a lo que tiene de común con alguna otra cosa. Ni tampoco es una energía celestial, omnipresente, que reemplaza las vastas diferencias materiales que constituyen el reino animal y el ámbito social. Por lo contrario, la totalidad comprende las diversas estructuras, articulaciones y mediaciones que le otorgan al todo una rica variedad de formas y le incorporan cualidades únicas a aquello que una mentalidad estrictamente analítica reduciría habitualmente a detalles "innumerables" y "casuales".

Términos como "totalidad", "integridad" y aún "comunidad", poseen matices peligrosos para una generación que ha conocido el fascismo y otras ideologías totalitarias. Tales palabras evocan imágenes de una "totalidad" lograda mediante la homogeneización, la estandarización y la coordinación represiva de los seres humanos. Estos temores se ven reforzados por una totalidad que parece estipular una finalidad inexorable al curso de la historia humana, lo que implicaría un concepto teológico estrecho, sobrehumano, de "ley social" que niega la capacidad de la voluntad humana y la elección individual para dar forma al curso de los acontecimientos sociales.

En realidad, tan totalitario concepto de "totalidad" se opone radicalmente al que hacen referencias los ecologistas. Después de haber comprendido su elevada consciencia de la forma y la estructura, llegamos ahora a un principio fundamental de la ecología: la totalidad ecológica no significa una homogeneidad inmutable, sino más bien todo lo contrario: una dinámica unidad de diversidades. En el reino natural el equilibrio y la armonía se logran mediante una diferenciación siempre cambiante, mediante una diversidad siempre en expansión. La sensibilidad ecológica, en efecto, es una función no de simplificación y homogeneidad, sino de

complejidad y variedad. La capacidad de un ecosistema para mantener su integridad no depende de la uniformidad del medio ambiente, sino de su diversidad. Pretender que la ciencia gobierne el vasto nexo vital de interrelaciones orgánicas en todos sus detalles, es algo peor que arrogancia: es pura estupidez. Si la unidad en la diversidad constituye uno de los principios cardinales de la ecología, la riqueza de bioelementos existentes en un solo acre de terreno nos conduce a otro de los principios ecológicos básicos: la necesidad de permitir un alto grado de espontaneidad natural. La apremiante sentencia: "Respetad la naturaleza" tiene implicaciones concretas.

Por ello, deberíamos conceder una buena dosis de libertad de acción para la espontaneidad natural de las variadas fuerzas biológicas que dan lugar a una situación ecológica diversificada. "Trabajar con la naturaleza" implica, en gran medida, que debemos alentar la diversidad biótica que emerge del desarrollo espontáneo de los fenómenos naturales. No quiero decir con esto que debamos abandonarnos a una mítica naturaleza que esté más allá de la comprensión e intervención humana y que demande nuestra subordinación temerosa. Tal vez la conclusión más obvia que podamos extraer de estos principios ecológicos sea la observación de Charles

Elton: "El futuro del planeta tiene que ser administrado, pero tal administración no debería asemejarse a una partida de ajedrez, sino más bien a timonear una embarcación". Lo que la ecología, tanto natural como social, puede enseñarnos es el modo de hallar el curso y descubrir la dirección de la corriente.

Sobre la jerarquía

Lo que distingue esencialmente a la perspectiva ecológica como proceso liberador es su desafiante propuesta ante las nociones convencionales de jerarquía. Los y las ecologistas no son demasiado conscientes de que su ciencia provee sólidos fundamentos filosóficos a una visión no-jerárquica de la realidad. Como muchos estudiosos y estudiosas de las ciencias naturales se resisten a las generalizaciones filosóficas por considerarlas ajenas a sus investigaciones y conclusiones; prejuicio éste cuyo origen puede rastrearse en la tradición empírica angloamericana.

Si reconocemos que cada ecosistema puede contemplarse como una trama alimentaria, podremos imaginarlo como un nexo circular de relaciones planta-animal (más que una estratificada pirámide con el ser humano en la cima) que incluye una gama

variadísima de criaturas, desde microorganismos hasta grandes mamíferos. Cada especie, sea una bacteria o un ciervo, es parte de una red de enlace interdependiente de todo el resto, por más directo que sea el vínculo. Un cazador es, en esta trama, también una presa, cuando quizá el "más bajo" de los organismos le ponga enfermo o colabore a consumirlo después de su muerte.

La rapacidad no es el único vínculo que hay entre las distintas especies. Hoy existe una literatura que nos revela hasta qué punto el mutualismo simbiótico es uno de los grandes factores que protegen la estabilidad ecológica y la evolución orgánica. No debemos caer en la comparación simple de plantas, animales y seres humanos, ni entre los ecosistemas de plantas y animales con las comunidades humanas. Ninguno de ellos es completamente congruente con los demás. No es en lo particular de la diferenciación que las comunidades de plantas y animales están ecológicamente unidas con las comunidades humanas, sino más bien en su lógica de diferenciación. Totalidad es, de hecho, integridad. La estabilidad dinámica del todo deriva de un nivel visible de integridad tanto en las comunidades humanas como en los ecosistemas en su cenit. Lo que vincula a estos modos de totalidad e integridad –por muy diferentes que sean en sus especificaciones y en

sus cualidades– es la lógica del desarrollo en sí misma. Un bosque en plenitud es un todo integrado, como resultado del mismo proceso de unificación, la misma dialéctica que hace de una determinada forma social un todo integrado.

El énfasis sobre las bioregiones como marcos de referencia para determinadas comunidades humanas, provee un elemento en favor de la necesidad de readaptar las técnicas y formas de trabajo según los requerimientos y las posibilidades de cada área ecológica.

Dentro de este contexto de ideas sumamente complejas, debemos tratar de trasladar el carácter no-jerárquico de los ecosistemas naturales a la sociedad. Un importante aporte de la ecología social es su negación de la jerarquía como principio estabilizador u "ordenador" tanto en el reino natural como en la sociedad. Esta asociación del orden como tal con la jerarquía es quebrada sin por ello afectar la asociación de naturaleza y sociedad. El hecho de que las jerarquías existan en la sociedad actual no significa que ello deba permanecer así. El que la jerarquización amenace la existencia de la vida social de hoy indica, por cierto, que tal cosa no puede mantenerse como hecho social, así como tampoco puede hacerlo cuando amenaza la integridad de la

naturaleza orgánica. El mismísimo término "democracia" como la apoteosis de la libertad social, ha sido suficientemente desnaturalizado hasta lograr, según Benjamín Barber: "El gradual desplazamiento de la participación por la representación. Donde la democracia, en su forma clásica, significó el gobierno por el pueblo mismo, aparece hoy (mediante el ardid de la representación) como el gobierno de una élite sancionado por el pueblo. Élites rivales compiten para obtener el apoyo de un público cuya soberanía popular se ve reducida al patético derecho a participar en la elección del tirano que habrá de gobernarlo".

Más significativo aún, el concepto de una esfera pública, de cuerpo político, ha sido literalmente desmaterializado por una aparente heterogeneidad –más precisamente, una atomización que va desde lo institucional hasta lo individual– que ha reemplazado la coherencia política por el caos. El desplazamiento de la virtud pública por los derechos del individuo, ha provocado la subversión no sólo de un principio ético unificador que alguna vez le otorgó sustancia a la noción de público, sino también de la condición de persona que le otorgaba sustancia a la noción de derecho.

¿Qué propone la idea de ecología social?

En términos concretos: ¿Qué temas atormentadores propone la ecología social a nuestro tiempo y al futuro? Al restituir una vinculación más avanzada con lo natural, ¿Será factible lograr un nuevo equilibrio entre humanidad y naturaleza mediante una sensitiva educación de nuestras prácticas agriculturales, nuestras áreas urbanas y nuestras tecnologías a los requerimientos naturales de una región y de los ecosistemas que la componen? ¿Podemos lograr una drástica descentralización de la agricultura que haga posible cultivar la tierra como si fuese un jardín, equilibrado por la diversidad de su fauna y flora? ¿Requerirán tales cambios la descentralización de nuestras ciudades en comunidades a escala moderada, generando una nueva y armónica relación entre aldea y campo? ¿Qué tecnología se requerirá para lograr estas metas, evitando el incremento de la polución del planeta? ¿Qué instituciones se precisarán para crear una nueva esfera pública, qué relaciones sociales serán necesarias para dar origen a una nueva sensibilidad ecológica, qué formas de trabajo para volver creativa y gozosa la práctica humana, qué tamaño y población tendrán las comunidades a escala humana para ser controlables por todos y todas? ¿Qué tipo de poesía? Cuestiones concretas: ecológicas, sociales, políticas, de

comportamiento se nos abalanzan como un torrente que hasta hace muy poco fue refrenado por las ideologías y los hábitos de pensamientos tradicionales.

Que no nos quede ninguna duda al respecto: las respuestas que encontremos a tales cuestiones tendrán una relación directa con la habilidad humana para sobrevivir en el planeta. Las tendencias de nuestro tiempo están visiblemente dirigidas contra la diversidad ecológica: de hecho, apuntan hacia una brutal simplificación íntegra de la biosfera. Las complejas cadenas alimentarias vienen siendo socavadas despiadadamente por la aplicación de técnicas industriales en la agricultura, con el resultado, en muchos lugares, de ver los suelos transformados en esponjas absorbentes de fertilizantes químicos. El monocultivo sobre enormes superficies de tierra está borrando la variedad natural, agrícola y aún fisiográfica. Inmensos cinturones urbanos están usurpando implacablemente la campiña, sustituyendo la fauna y flora por hormigón, metales y vidrio y envolviendo vastas regiones en una nube de polución atmosférica. En este masivo mundo urbano, la experiencia humana se torna cruda y elemental, sujeta a toscos estímulos y a una crasa manipulación burocrática. Una división nacional del trabajo está reemplazando

la variedad regional y local, reduciendo continentes enteros a inmensas fábricas humeantes y convirtiendo las ciudades en ostentosos supermercados.

La sociedad moderna está poniendo en peligro la complejidad biótica lograda por la evolución orgánica. El gran movimiento vital, desde los más simples hasta las más complejas formas y relaciones, está siendo revertido en dirección a un medioambiente que será capaz de soportar sólo formas simples de vida. De continuar este retroceso de la evolución biológica al socavarse las tramas alimentarias de las que depende la humanidad, estará en peligro la supervivencia misma de la especie humana. Si continúa la reversión del proceso evolucionario, hay buenas razones para creer que las precondiciones necesarias para la existencia de formas complejas de vida serán destruidas irreparablemente y que el planeta será incapaz de mantenernos como una especie viable.

En esta confluencia de crisis sociales y ecológicas no podemos permitirnos carecer de imaginación: no podemos seguir ignorando al pensamiento utópico. Las crisis son demasiado serias y las posibilidades demasiado arrebatadoras como para ser resueltas mediante los modos habituales de pensamiento,

aparte de ser éstos los originadores de dicha crisis. Años atrás, estudiantes franceses/as durante los alzamientos de mayo y junio de 1968 expresaron magníficamente este agudo contraste de opciones en su slogan: "Seamos realistas, hagamos lo imposible". A esta demanda, la generación que se confrontará con el próximo siglo tendrá que agregarle este mandato más solemne: "Si no hacemos lo imposible deberemos afrontar lo inconcebible".

Murray Bookchin

Hacia una Sociedad Ecológica

El problema de la degradación medioambiental parece haber sido puesto bajo un enfoque curioso[16]. A pesar del masivo soporte a las medidas medioambientalistas -como testimonio de tal, la positiva respuesta del público en recientes referéndums estatales sobre tales cuestiones- estamos siendo advertidos sobre una reacción violenta contra "extremistas" que promueven demandas "radicales" para detener el deterioro medioambiental. Mucho de esta "reacción violenta" parece ser generado por la industria y por la Casa Blanca, desde donde el Sr. Nixon[17] complacientemente nos asegura que "los Estados Unidos van bien por el camino de ganar la guerra contra degradación medioambiental; bien en el camino de hacer la paz con la naturaleza". Esta retórica es sospechosamente familiar;

[16] Hacia una Sociedad Ecológica", fue preparado como conferencia para las Future World Lecture Series (Ciclo de Conferencias sobre el Mundo Futuro), de la Universidad de Michigan (Ann Arbor), el 19 de febrero de 1973; según consta en la bibliografía preparada por J.Biehl. Fue publicado en 1974, en el nº 3 de "Roots" (New York).

[17] Este artículo fue presentado en una lectura en 1973 en la Universidad de Michigan y publicado en 1974 durante el último año de Richard Nixon en la Casa Blanca; «Toward an Ecological Society.»; NY, Roots, 1974 (n. del t.).

presumiblemente estamos empezando a ver la "luz" al final del túnel medioambiental. En cualquier caso, las campañas comerciales de las industrias petrolera, automotora, maderera y química urgen a los y las estadounidenses a ser más "razonables" sobre las mejoras medioambientales, al balancear "sensatamente" "beneficios" contra "perdidas", para reducir los requerimiento normativos para limpiar el aire y el agua que ya han sido adoptadas por la Administración de Protección Ambiental, mostrando "paciencia" y "compresión" por los aparentemente formidables problemas técnicos que enfrentan nuestros amistosos vecinos los oligopolios industriales y de servicios.

No voy a tratar aquí de discutir la escandalosa distorsión que está contenida en este tipo de propaganda. Muchos/as de ustedes deben estar familiarizados/as con el reciente estudio de un comité de la Academia Nacional de Ciencias, que acusa a la industria del automóvil de concentrarse (en palabras del periodista del New York Times) en los "más caros y menos satisfactorios medios" de alcanzar los estándares federales de 1975 para la emisión de gases. Tan píos como la retórica desde la Casa Blanca, los esfuerzos del Sr. Nixon para hacer la "paz" con la naturaleza parecen quedarse cortos por debajo de sus esfuerzos para producir paz en

Indonesia. Como opina el Times editorialmente, la afirmación del Sr. Nixon "está totalmente reñida con los hechos...". El aire sobre las ciudades de la nación se está volviendo sólo marginalmente más limpio. Cada sistema fluvial mayor está gravemente contaminado. Grandes porciones del Océano Atlántico están en peligro de volverse un mar muerto. Plásticos, detergentes, químicos y metales están generando una carga insoportable sobre la biosfera. La tierra misma está siendo erosionada, arruinada, envenenada, violada.

Lejos de adherir al reclamo de que muchas de las demandas ambientalistas son demasiado "radicales", yo quisiera argumentar que ellas no son suficientemente radicales. Confrontados/as con una sociedad que no sólo esta polucionando el planeta en una escala sin precedente en la historia, sino que está minando sus más fundamentales ciclos biogeoquímicos, yo quisiera argumentar que las y los ambientalistas no han planteado los problemas fundamentales de establecer un nuevo y duradero equilibrio con la naturaleza. ¿Es suficiente parar una planta nuclear aquí o allá? ¿Hemos de alguna forma perdido de vista el hecho esencial de que la degradación medioambiental proviene de fuentes mucho más profundas que los desatinos y las malas intenciones de la industria y el gobierno? ¿O qué el

sermoneo sin fin sobre la posibilidad de un apocalipsis medioambiental -sea como resultado de la polución, de la expansión industrial o del crecimiento poblacional- inadvertidamente arroja un velo sobre una crisis más fundamental en la condición humana, una que no es exclusivamente tecnológica o ética, sino profundamente social? Más bien que lidiar nuevamente con la magnitud de nuestra crisis ambiental, o enrolarnos en la denuncia fácil de que "contaminar es rentable", o argumentar que algún abstracto "nosotros/as" es responsable por producir demasiados hijos/as, o que una industria dada está produciendo demasiadas mercancías, yo quisiera preguntar sí la crisis medioambiental no tiene sus raíces en la mismísima constitución de la sociedad como la conocemos actualmente; sí los cambios que son necesarios para crear un nuevo equilibrio entre el mundo natural y el social no requieren una fundamental, de hecho revolucionaria, reconstitución de la sociedad a lo largo de líneas ecológicas.

Quisiera enfatizar las palabras "líneas ecológicas". Al intentar tratar con los problemas de una sociedad ecológica, el término "ambientalismo"[18] nos falla. El

[18] Literalmente la traducción del término inglés "environmentalism", es la palabra "ambientalismo" en español; por razones de estilo alternamos el uso de "ambientalismo", con "medioambientalismo"

"ambientalismo" tiende crecientemente a reflejar una sensibilidad instrumentalista en la cual la naturaleza es vista meramente como un hábitat pasivo, una aglomeración de objetos externos y fuerzas, que deben ser hechas más útiles para los humanos con independencia de los que estos usos puedan ser. El "medioambientalismo", en efecto, trata con "recursos naturales", "recursos urbanos", incluso "recursos humanos". El Sr. Nixon, quisiera suponer, es un "ambientalista" de este tipo, en la medida en que la "paz" que él establecería con la naturaleza consiste en adquirir el "saber cómo" explotar el mundo natural con la mínima disrupción para el hábitat. El "medioambientalismo" no nos lleva a la cuestión de la noción subyacente a la sociedad presente de que el hombre debe dominar la naturaleza; más bien, busca facilitar la dominación por el desarrollo de técnicas para disminuir los peligros causados por la dominación. La misma noción de dominación en sí, no es traída a consideración.

La ecología, quisiera afirmar, adelanta una concepción más amplia de la naturaleza y de la relación de la humanidad con el mundo natural. Según mi modo de pensar, me parece que el balance

(aunque este último tiene propiamente un sentido más amplio que el primero, en español; (n. del t.).

y la integridad de la biosfera son un fin en sí mismos. La diversidad natural debe ser cultivada no solamente porque mientras más diversificados son los componentes que constituyen un ecosistema, más estable es el ecosistema en cuestión; sino porque la diversidad en deseable en sí misma, es un valor que debe ser mantenido como parte de una noción espiritualizada del universo viviente. Ecólogos ya han apuntado que cuanto más simplificado es un ecosistema -como en los biomas ártico o desértico, o en la forma de monocultivos para alimentos- más frágil es el ecosistema y más propenso es a la inestabilidad, a las infecciones por pestes y a las catástrofes posibles. El típicamente holístico concepto de "unidad en diversidad", tan común en muchos escritos ecológicos reflexivos, podría haber sido tomado del trabajo de Hegel, una convergencia intelectual que no considero como accidental y que merece una seria exploración por los neo-hegelianos contemporáneos. La ecología, además, adelanta la visión de que la humanidad debe mostrar un respeto consciente por la espontaneidad del mundo natural; un mundo que es demasiado complejo y abigarrado para ser reducido a las simples propiedades físico-mecánicas galileanas. No obstante lo sostenido por algunos sistemas ecológicos, yo mantengo, junto con Charles Elton[19], que ". . . El mundo del futuro tiene

[19] Charles Sutherland Elton: (1900–1991) fue un zoólogo y naturalista

que ser controlado, pero este control no sería como en un juego de ajedrez". . . (*sino*) más bien como dirigir un bote". Al mundo natural debe permitírsele la considerable libertad de acción de un desarrollo espontáneo -informado, desde luego, por el conocimiento y el control humano, es como la naturaleza se vuelve auto-consciencia y auto-actividad- para desarrollar y actualizar la riqueza de sus potencialidades. Finalmente, la ecología no reconoce ninguna jerarquía en el nivel de los ecosistemas. No hay "rey de las bestias" y no hay "insignificantes hormigas". Estas nociones son las proyecciones de nuestras actitudes y relaciones sociales sobre el mundo natural. Virtualmente quienes viven como parte de la variedad de la flora y la fauna de un ecosistema juegan su rol como co-iguales en el mantenimiento del balance e integridad del todo.

Estos conceptos, reunidos en una totalidad que puede ser expresada como unidad en diversidad, espontaneidad y complementariedad, comprenden no solo un juicio que deriva de una "ciencia ingeniosa" o de "un arte científico" (como he descrito a la ecología en otra parte); ello también constituye la

inglés, creó los parámetros de las poblaciones y las comunidades en ecología (n. del t.).

superación de la sensibilidad que estamos lentamente recuperando de un distante mundo arcaico y colocando en un nuevo contexto. La noción de que el hombre está destinado a dominar la naturaleza se deriva de la dominación del hombre por el hombre, y quizás más tempranamente, de la dominación de la mujer por el hombre y de la dominación de los jóvenes por los viejos. La mentalidad jerárquica que acomoda la experiencia en sí misma -en todas sus formas- a lo largo de líneas piramidales jerárquicas es un modo de percepción y conceptualización dentro de la cual hemos sido socializados por una sociedad jerárquica. Esta mentalidad tiende a ser tenue o completamente ausente en comunidades no-jerárquicas. Las así llamadas sociedades «primitivas» que están basadas en una división sexual simple del trabajo, que carecen de Estado e instituciones jerárquicas, no experimentan la realidad como nosotros o nosotras, a través de un filtro que categoriza los fenómenos en términos de "superior" e "inferior", o "arriba" y "abajo". Ante la ausencia de desigualdad, estas comunidades verdaderamente orgánicas ni siquiera tienen una palabra para igualdad. Como Dorothy Lee[20] observa en su magnífica indagación sobre la

[20] Dorothy D. Lee: (1905–1975), antropóloga estadounidense de origen griego. Estudio las lenguas de las culturas wintu, hopi, tikopia, trobriand y otras muchas. Sus ensayos usan los datos antropológicos

mente "primitiva", "... la igualdad existe en la naturaleza misma de las cosas, como un subproducto de la estructura democrática de la cultura en sí misma, no como un principio para ser aplicado. En tales sociedades, no se intenta alcanzar la meta de la igualdad, y de hecho no existe el concepto de igualdad. Frecuentemente, no existe ninguna forma de mecanismo lingüístico para comparar. Lo que encontramos es un absoluto respeto el ser humano, por todos los individuos sin que importe su edad o sexo".

La ausencia de valores coercitivos y de dominación en estas culturas puede ser mejor ilustrada quizás, por la sintaxis de los/as indios/as Wintu de California, un pueblo que aparentemente ella estudió de primera mano. Los términos que comúnmente expresan coerción en los idiomas modernos, ella nota, son arreglados por los wintu para que ellos denoten un comportamiento cooperativo. Una madre wintu, por ejemplo, no se "lleva" a su bebé a la sombra; ella "va" con él a la sombra. Un jefe no "manda" a su pueblo; él los "apoya". En cualquier caso, él jamás es más que su consejero y carece de poder coercitivo para reforzar su punto de vista. En

---

para explorar las cuestiones de la autonomía individual, el placer de la participación, la igualdad de oportunidad, la libertad y la responsabilidad (n. del t.).

la tribu wintu «nunca dicen, y de hecho jamás pueden decir, como nosotros y nosotras, "tengo una hermana", o un "hijo", o un "marido" observa Lee. "El vivir con es la forma común como ellos expresan lo que llamamos posesión; y ellos usan este término para llamar todo lo que respetan, de forma que un hombre diría que él vive con su arco y flechas".

«Vivir con» implica no sólo un profundo sentido de mutuo respeto y una alta valoración de la voluntad individual; también implica un profundo sentido de unidad entre individuos y grupo. Este sentido de unidad dentro del grupo, a su turno, se extiende por proyección a la relación de la comunidad con el mundo natural. Psicológicamente, las personas en las comunidades orgánicas deben creer que ellas ejercen una mayor influencia sobre las fuerzas naturales que la que es posible por su relativamente simple tecnología, una ilusión que ellos adquieren por medio de rituales grupales y procedimientos mágicos. Sin importar cuán elaborados estos rituales y procedimientos puedan ser, el sentido de dependencia de la humanidad del mundo natural, de hecho, de su ambiente inmediato, jamás desaparece completamente. Si este sentido de dependencia puede generar un miedo abyecto sobre una igualmente abyecta reverencia, hay también un punto en el desarrollo de la sociedad orgánica donde puede

generar el sentido de simbiosis; más propiamente, de interdependencia mutua y cooperación, que tiende a trascender los sentimientos oscuros del terror y el temor. Aquí, los humanos no son solamente los propietarios o los tentativos controladores de fuerzas poderosas; sus ceremonias ayudan (desde su perspectiva) en un sentido creativo: a multiplicar la comida de los animales, a traer los cambios de estación y de clima, a promover la fertilidad de los cultivos. La comunidad orgánica siempre tiene una dimensión natural de sí, pero ahora la comunidad es concebida para ser parte del balance de la naturaleza -una comunidad del bosque o una comunidad de la tierra- en breve, una verdadera comunidad ecológica o ecocomunidad propia de su ecosistema, con un activo sentido de participación en el ambiente circundante y en los ciclos de la naturaleza.

Esta perspectiva se vuelve suficientemente evidente cuando consideramos los relatos de ceremoniales entre los pueblos de las comunidades orgánicas. Muchas ceremonias y rituales son caracterizados no sólo por funcionas sociales, tales como ritos de iniciación, sino también por funciones ecológicas. En la tribu Hopi, por ejemplo, las ceremonias más importantes de la agricultura tienen el rol de convocar anticipadamente los ciclos del orden cósmico, la actualización de los solsticios y las

diferentes etapas del crecimiento del maíz, de la germinación a la maduración. Aunque el orden de los solsticios y las etapas del crecimiento del maíz son conocidas por estar predeterminadas, el involucramiento humano en el ceremonial es parte integral de esa predeterminación. En contraste con procedimientos estrictamente mágicos, las ceremonias hopi asignan una función participativa, más bien que manipulativa, a los humanos. Las personas juegan un rol mutualista en los ciclos naturales facilitando los trabajos del orden cósmico. Sus ceremonias son parte de una compleja red de vida que se extiende de la germinación del maíz a la llegada de los solsticios. «Cada aspecto de la naturaleza, las plantas y las rocas y los animales, los colores y los puntos cardinales, y los números y las diferencias de sexos, de lo muerto y de lo vivo, todos tienen una cuota cooperativa en el mantenimiento del orden universal», observa Lee.

«Eventualmente, el esfuerzo de cada individuo, humano o no, va a parar dentro de este gran todo. Y aquí, también, lo que cuenta es cada aspecto de una persona. El ser completo de un individuo hopi afecta el balance de la naturaleza; y como cada individuo desarrolla su potencial interior, así incrementa su participación, para que el universo completo sea revitalizado».

No es difícil ver que esta visión armonizada de la naturaleza se sigue de unas relaciones armónicas dentro de las tempranas comunidades humanas. De la misma forma que la teología medieval estructuró el cielo cristiano sobre líneas feudales, así los pueblos de todas las edades han proyectado sus estructuras sociales sobre el mundo natural. Para los/as algonquinos/as de los bosques del norte de América, los castores viven en clanes y en sus propias casas, sabiamente cooperando para promover el bienestar de la comunidad. Los animales, también, poseen su «magia», los tótems de sus ancestros/as son revitalizados por el Manitou, cuyo espíritu alimenta el cosmos entero. Concordantemente, los animales deben ser conciliados o de lo contrario, podrían rehusarse a proveer a los humanos sus pieles y su carne. El espíritu cooperativo que forma una precondición para la supervivencia de la comunidad orgánica, ha entrado, entonces, completamente dentro de la visión que los pueblos pre-literarios tenían hacia la naturaleza y la interacción entre el mundo natural y el social.

El quiebre de estas comunidades orgánicas unificadas, basadas en la división sexual del trabajo y en lazos de parentesco, en sociedades jerárquicas y, finalmente, de clases, gradualmente subvierte la unidad de la sociedad con el mundo natural. La

división de los clanes y tribus en gerontocracias en las cuales los viejos comienzan a dominar a los jóvenes; el surgimiento de la familia patriarcal, en la cual la mujer es llevada a la subyugación universal al hombre; todavía más, la cristalización de jerarquías basadas en el estatus social dentro de clases económicas basadas en la explotación material sistemática; la emergencia de la ciudad, seguido por el crecimiento de la supremacía del urbano sobre lo rural y de lo territorial sobre los parentescos; y finalmente el surgimiento del Estado, de un aparato profesional militar, burocrático y político ejerciendo una supremacía coercitiva sobre los vestigios remanentes de la vida comunitaria, todas estas divisiones y contradicciones que eventualmente fragmentan y pulverizan el mundo arcaico, conducen a la resocialización del aparato experiencial humano a lo largo de líneas jerárquicas. Esta resocialización no sólo ha servido para dividir internamente la comunidad, sino que ha conducido a las clases dominadas a ser cómplices de su propia dominación, a la mujer a ser cómplice de su propia servidumbre. De hecho, la misma psique de los individuos ha sido dividida contra sí misma, por medio del establecimiento de la supremacía de la mente sobre el cuerpo, de la racionalidad jerárquica sobre la experiencia sensorial. Hasta el grado en que los sujetos humanos se vuelven objeto de la

manipulación social y, finalmente, de la auto-manipulación acorde a las normas jerárquicas; así la naturaleza se vuelve objetivizada, desespiritualizada y reducida a una entidad metafísica que de muchas maneras está no menos comprimida conceptualmente por una noción físico-mecánica de la realidad externa, que las nociones animistas que prevalecieron en las sociedades arcaicas. El tiempo no me permite tratar aquí con gran detalle de la erosión de la antigua relación de la humanidad con el mundo natural. He intentado examinar esta dialéctica en un trabajo por aparecer, La Ecología De La Libertad[21], que será publicada el año que viene por Knopf and Vintage. Pero quizás unas pocas observaciones sean apropiadas. La herencia del pasado se muestra acumulativamente dentro del presente como problemas al acecho, los cuales nuestra era jamás ha resuelto. No me refiero solamente a las trabas de la sociedad burguesa, a las que estamos ligados con forzosa inmediatez, sino también a esas formadas por milenios en la sociedad jerárquica y que ligan la familia al patriarcado, los grupos de edad a las gerontocracias y a

[21] Murray Bookchin: "Ecology of Freedom: The Emergence and Dissolution of Hierarchy". Cheshire Books; Palo Alto, CA. USA. 1982. Versión en español: "La ecología de la libertad: El surgimiento y la disolución de la jerarquía"; Madrid: Ediciones Madre Tierra; Málaga: Fundación Los Arenalejos, 1997; trad. Marcelo Gabriel Burello (n. del t.).

contorsionadas posturas de renunciación y autodenigración.

Incluso antes del surgimiento de la sociedad burguesa, el racionalismo helénico validaba el estatus de la mujer como virtualmente un bien mueble y la moralidad hebrea pone en las manos de Abraham el poder para matar a Isaac. La reducción de los humanos a objetos, sea como esclavos, mujeres o niños/as, encuentra su preciso paralelo en el poder de Noé para nombrar a las bestias y dominarlas, para poner al mundo de la vida al servicio del hombre. Entonces de dos de las corrientes principales de la civilización occidental, el helenismo y el judaísmo, los poderes prometeicos del macho son recolectados en una ideología de racionalidad represiva y moralidad jerárquica. La mujer se ". . . ha convertido en encarnación de la función biológica, en imagen de la naturaleza", observan Horkheimer y Adorno, "....en cuya opresión puso esta civilización su título de gloria". Dominar sin fin la naturaleza, transformar el cosmos en un inmenso campo de caza: tal ha sido el sueño de milenios al que se conformó la idea del hombre en la sociedad viril. Ése era el sentido de la razón de que el hombre se enorgullecía. La mujer era más pequeña y más débil; entre ella y el hombre subsistía una diferencia que la mujer no podía superar, una diferencia impuesta por la naturaleza: lo

más vergonzoso y humillante que se pueda imaginar en la sociedad viril. Allí donde el dominio de la naturaleza es la verdadera meta, la inferioridad biológica constituye el estigma por excelencia: la debilidad impresa por la naturaleza, la cicatriz que invita a la violencia"[22]. No es accidental que Horkheimer y Adorno agrupen estas notas bajo el título de «hombre y animal», porque ellas proveen una intuición básica no sólo dentro de la relación con la mujer, sino también de la relación del hombre en una sociedad jerárquica con el mundo natural como un todo.

La noción de justicia, como distinta del ideal de libertad, agrupa todos estos valores bajo el poder de la equivalencia que niega por completo el contenido de la antigua igualdad en una sociedad orgánica, donde todos los seres humanos tienen el derecho a los medios para su vida, sin importar que ellos contribuyan al fondo social del trabajo. Paul Radin[23] llama a esta la regla del «mínimo irreductible». La igualdad arcaica, aquí, reconoce el hecho de la desigualdad -la dependencia de los/as débiles

[22] Max Horkheimer y Theodor W. Adorno: "Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos". Introducción y traducción de Juan José Sánchez. Editorial Trotta, S.A., 1994, 1997, 1998. Pp. 293 (n. del t.).

[23] Paul Radin (1883–1959): antropólogo cultural y folclorista estadounidense de origen judío-polaco; ampliamente conocido entre el público estadounidense de la primera mitad del siglo pasado (n. del t.).

respecto de los/as fuertes, de los/as enfermos/as respecto de los/as sanos/as, de los/as jóvenes y los/as viejos/as respecto de los/as adultos/as-. La verdadera libertad es, en efecto, una igualdad de desiguales que no niega el derecho a la vida de aquellos cuyas fuerzas les están fallando o que se han desarrollado menos que otros. Irónicamente, en esta economía materialmente no desarrollada, la humanidad reconoce el derecho de todos y todas a los mínimos medios de vida, incluso más enfáticamente -y en un espíritu de mutualismo tribal que hace a todos los parientes responsables unos de otros, más generosamente- que en economías materialmente desarrolladas, que generan a crecientes excedentes y una concomitante lucha por privilegios.

Pero esta verdadera libertad de una igualdad entre desiguales se corrompe en sus propios términos. En la medida en que el excedente material crece, ellas crean las mismas clases sociales que recogen del trabajo de los muchos, los privilegios de los pocos. El regalo que alguna vez simbolizó la alianza entre los parientes varones por el lazo de sangre, es lentamente convertido en un medio de trueque y finalmente en una mercancía, el germen del moderno negocio burgués. La justicia emerge desde el cuerpo de la libertad para proteger la relación de

intercambio -sea éste de bienes o de moralidad- como el exacto principio de una igualdad entre todas las cosas. Ahora el débil es «igual» al fuerte, el pobre al rico, el enfermo al sano en todos los sentidos, excepto en aquellos que se refieren a su debilidad, pobreza y enfermedad. En esencia, la justicia reemplaza la norma de la libertad de una igualdad entre desiguales, con una desigualdad entre iguales. Como Horkheimer y Adorno observan: "Antes, los fetiches estaban bajo la ley de la igualdad. Ahora, la misma igualdad se convierte en fetiche. La venda sobre los ojos de la justicia significa no sólo que no se debe atentar contra el derecho, sino también que éste no procede de la libertad"[24].

La sociedad burguesa simplemente lleva la regla de la equivalencia a su extremo lógico e histórico. Todos/as somo iguales como compradores/as y vendedores/as –todos/as somos egos soberanos en un mercado libre-. Los lazos comunitarios que una vez unificaron a la humanidad en las bandas, los clanes, las tribus y las fraternidades de las polis y en la comunidad vocacional de la guilda, son totalmente disueltos. Los hombres monádicos reemplazan a los hombres colectivos; la relación de intercambio reemplaza los lazos de parentesco, fraternales o

[24] Max Horkheimer y Theodor W. Adorno: op. cit. pp.: 71 (n. del t.).

vocacionales del pasado. Lo que unifica a la humanidad en el mercado burgués es la competición: el antagonismo universal de todos/as contra todos/as. Graduada al nivel de la competencia de los capitales, la captación y la beligerancia de las empresas burguesas, el mercado dicta su máxima despiadada: "Crece o muere", aquel/la que no expanda su capital y devore a su competidor/a, será devorado/a. En esta constelación de relaciones asociales siempre regresivas, donde incluso la personalidad en sí misma es reducida a un objeto de intercambio, la sociedad es gobernada por la producción misma. La equivalencia se afirma a sí misma como valor de intercambio; a través de la mediación del dinero, cada trabajo artístico, de hecho cada escrúpulo moral, es degradado en una cantidad intercambiable. El oro o su símbolo de papel hacen posible el intercambio de la más atesorada catedral por tantos cerillos. El fabricante de los cordones de los zapatos puede transmutar sus mercancías en una pintura de Rembrandt, empobreciendo el talento del más poderoso alquimista.

En este dominio cuantitativo de la equivalencia, dónde la sociedad es regida por la producción misma y el crecimiento es el único antídoto contra la muerte, el mundo natural es reducido a los recursos naturales, el dominio de la explotación gratuita por

excelencia. El capitalismo no sólo valida las nociones precapitalistas de la dominación de la naturaleza por el hombre; convierte el saqueo de la naturaleza en la ley de vida de la sociedad. El discutir sutilmente con este tipo de sistema sobre sus valores, o el intentar asustarlo con visiones sobre las consecuencias del crecimiento, es meterse con su mismísimo metabolismo. Uno/a podría más fácilmente persuadir una planta verde a que desista de la fotosíntesis, antes que pedirle a la economía burguesa que desista de la acumulación de capital. No hay con quién hablar. La acumulación no es determinada por las buenas o malas intenciones de un burgués individual, sino por la relación de intercambio en sí; por lo que Marx tan acertadamente llamó la unidad celular de la economía burguesa. No es la perversidad del burgués la que crea la producción por la producción misma, sino el mismo nexo del mercado sobre el que preside y al cual sucumbe.

Apelar a sus intereses humanos sobre los económicos, es ignorar el hecho bruto de que su propia autoridad es una función de su ser material. Él sólo puede negar sus intereses económicos al negar su propia realidad social; de hecho, al negar la autoridad misma con la que victimiza su humanidad. Se requiere de una grotesca auto-decepción, o peor,

de un acto de falsedad ideológica social, para fomentar la creencia de que esta sociedad puede deshacer su mismísima ley de vida, en respuesta a argumentos éticos o a la persuasión intelectual.

Aun así, el hecho más duro que debe enfrentarse es que este sistema tiene que ser deshecho y reemplazado por una sociedad que restablezca el balance entre la sociedad humana y la naturaleza, una sociedad ecológica que debe primero comenzar por remover la venda de los ojos de la Justicia, y reemplazar la desigualdad de los iguales por la igualdad de los desiguales. En otros escritos, he denominado a tal sociedad, como una sociedad ecológica anarco–comunista; en mi próximo libro es descrita como "ecotopía". Ustedes son bienvenidos a llamarla como más les plazca. Pero mis comentarios sobre el presente significarán nada, si fallamos en reconocer que el intento de dominar a la naturaleza deriva de la dominación del ser humano por el ser humano; que armonizar nuestra relación con el mundo natural, presupone la armonización del mundo social. Más allá de los huesos desnudos de una disciplina científica, la ecología natural no tendrá sentido, si no desarrollamos una ecología social que sea relevante para nuestra época.

Las alternativas que enfrentamos en una sociedad regida por la producción por sí misma son muy

crudas de hecho. Más que ninguna otra sociedad en el pasado, el capitalismo moderno ha llevado el desarrollo de las fuerzas técnicas a su punto más elevado; un punto, de hecho, dónde podríamos finalmente eliminar el trabajo pesado como condición de la vida de la gran mayoría de la humanidad y abolir en la ancianidad la maldición de la escasez material e inseguridad como características de la sociedad. Vivimos en la actualidad en el umbral de una sociedad post-escasez, en la cual la igualdad de los desiguales, no necesita seguir siendo la regla principal de un pequeño grupo de parentesco colectivo, sino la condición universal de la humanidad como un todo de individuos cuyas afiliaciones sociales son determinadas por la libre elección y las afinidades personales, más bien que por el arcaico juramento de sangre. La personalidad prometeica, la familia patriarcal, la propiedad privada, la razón represiva, la ciudad territorial y el Estado han cumplido su obra histórica en movilizar sin piedad el trabajo de la humanidad, desarrollando las fuerzas productivas y transformando el mundo. Hoy en día, ellas son totalmente irracionales como instituciones y modos de conciencia -los así llamados "males necesarios" en palabras de Bakunin-, se han vuelto males absolutos. La crisis ecológica de nuestro tiempo es testimonio del hecho de que los medios de producción desarrollados por la sociedad jerárquica

y particularmente por el capitalismo, se han vuelto demasiado poderosos para existir como medios de dominación.

En la otra mano, si la presente sociedad persiste indefinidamente en realizar su obra, los problemas ecológicos que enfrentemos serán incluso más formidables que aquellos que hemos reunido bajo la rúbrica de "polución". Una sociedad basada en la producción por la producción misma, es inherentemente anti-ecológica y sus consecuencias son un mundo natural devorado, uno cuya complejidad orgánica ha sido degradada por la tecnología en materia inorgánica que fluye desde el fin de la línea de ensamblaje; literalmente, la materia simple que forma los presupuestos metafísicos de la física clásica. Mientras las ciudades continúen creciendo cancerosamente sobre la tierra, mientras los materiales complejos de vuelvan materiales simples, mientras la diversidad desaparece en la fauces de un medioambiente sintético compuesto de vidrio, ladrillos, mortero, metales y maquinas, la compleja cadena alimentaria de la que dependemos para la salud de nuestro suelo, para la integridad de nuestros océanos y atmósfera, y para la viabilidad fisiológica de nuestro ser, se va a volver cada vez más simple. Literalmente, el sistema en su interminable devorar la naturaleza, reducirá la biosfera entera a la

frágil simplicidad de nuestros biomas desérticos o árticos. Estaríamos revertiendo el proceso de la evolución, que ha diferenciado flora y fauna en formas y relaciones cada vez más complejas, y por tanto creando un más simple y menos estable mundo vivo. Las consecuencias de esta espantosa regresión son suficientemente predecibles en el largo plazo: la biosfera se volverá tan frágil que eventualmente colapsará desde la perspectiva de la supervivencia humana y removerá las precondiciones orgánicas para la vida humana. Que esto eventualmente surja de una sociedad basada en la producción por sí misma es, a mi modo de ver, mera cuestión de tiempo; aunque sea imposible predecir cuándo ocurrirá.

Debemos crear una sociedad ecológica, no meramente porque tal sociedad es deseable, sino porque es desesperadamente necesaria. Debemos empezar a vivir en orden para sobrevivir. Tal sociedad involucra una fundamental inversión de todos los senderos que marcan el desarrollo histórico de la tecnología capitalista y la sociedad burguesa: la especialización del minuto de las máquinas y el trabajo, la concentración de los recursos y de las personas en una gigantescas empresas industriales y entidades urbanas, la estatización y burocratización de la vida, el divorcio de la cuidad del campo, la

objetivación de la naturaleza y los seres humanos. Desde mi perspectiva, esta inversión radical significa que debemos empezar a descentralizar nuestras ciudades y establecer enteramente nuevas ecocomunidades que están artísticamente moldeadas por los ecosistemas en los cuales están localizados. Estoy argumentando, aquí, que descentralización no significa la graciosa dispersión de la población sobre la campiña en pequeños hogares aislados o comunas contraculturales, sin importar cuán vitales sean; sino más bien que debemos retener la tradición urbana en el sentido helénico del término, como una ciudad que es comprensible y manejable por aquellos que la habitan; una nueva polis, la cual, si ustedes quieren ponerla en una escala de dimensiones humanas, según el famoso dicho de Aristóteles, puede ser comprendida por cualquiera en una sola mirada.

Tal ecocomunidad, argumento, puede sanar la separación entre la ciudad y el campo, de hecho entre la mente y el cuerpo al fusionar el trabajo intelectual con el físico, industria con agricultura en una rotación o diversificación de las tareas vocacionales. Una ecocomunidad podría ser sostenida por una nueva clase de tecnología -o ecotecnología- una compuesta de maquinaria flexible y versátil, cuyas aplicaciones productivas deberían enfatizar la durabilidad y la calidad, no siendo construidas en la

obsolescencia, ni en la salida de una cantidad insensata de baratijas y en la rápida circulación de mercancías básicas. Déjenme enfatizar aquí, que no estoy abogando por el abandono de la tecnología y el retorno a la recolección de alimentos del paleolítico. Más bien lo contrario, insisto que nuestra tecnología no es suficientemente sofisticada en comparación con la ecotecnología de menor escala y más versátil que puede desarrollarse y, que en gran medida, ya está disponible como piloto o en las mesas de diseño. Tal ecotecnología utilizaría las capacidades energéticas inextinguibles de la naturaleza -el sol y el viento, las mareas y los ríos, las temperaturas diferenciales de la tierra y la abundancia de hidrógeno a nuestro alrededor, como combustibles- para proveer a la ecocomunidad con materiales no-contaminantes o desechos que serían fácilmente reciclados. Es más, la descentralización habría posible evitar el problema de la concentración de desechos sólidos creado por nuestras ciudades gigantes; desechos que sólo pueden ser quemados o arrojados en cantidades masivas en nuestros mares.

Es mi esperanza que las ecocomunidades y las ecotecnologías, dimensionadas a escala humana, abrirían a una nueva era en las relaciones cara-a-cara y en la democracia directa, proveyendo el tiempo libre que haría posible para el pueblo el modo

helénico del manejo de sus aferes sociales sin la mediación de burocracias y funcionarios políticos profesionales. La división abierta por la sociedad jerárquica hace milenios sería ahora sanada y trascendida. La división antagonista entre sexos y grupos etáreos, la ciudad y el campo, la mente y el cuerpo serían reconciliados y armonizados en una síntesis más humanista y ecológica. De esta trascendencia emergería una nueva relación entre la humanidad y el mundo natural, en la cual la sociedad en sí misma sería concebida como un ecosistema basado en la unidad en diversidad, la espontaneidad y las relaciones no jerárquicas. Una vez más buscaríamos alcanzar en nuestras mentes la re-espiritualización del mundo natural, no por cierto, regresando abyectamente a los mitos de la era arcaica, sino al ver en la conciencia humana un mundo natural que se vuelve auto-consciente y auto-activo, informado por una racionalidad no-represiva que busca alentar la diversidad y complejidad de la vida. Fuera de esta orientación no-prometeica emergería una nueva sensibilidad, una que podría conducir, en palabras de Marx, a la humanización de la naturaleza y a la naturalización de la humanidad.

Al contraponer el ambientalismo a la ecología, no estoy diciendo que debemos desistir de oponernos a la construcción de una planta nuclear o de una

autopista y sentarnos pasivamente a esperar la llegada de un milenio ecológico. Todo lo contrario, el terreno adquirido debe ser sostenido fervientemente, a lo largo del camino, para rescatar lo que todavía tenemos, y así podamos reconstituir la sociedad en el menos contaminado y menos dañado medioambiente a nuestra disposición. Pero la alternativa drástica de ecotopia debe ser mantenida en el primer plano y una teoría coherente debe siempre ser adelantada, a ofreciendo alternativas que no sean sinsentidos, como las perspectivas de la sociedad imperante. No podemos decirle al "Tercer Mundo", por ejemplo, que no se industrialice, cuando ellos se enfrentan a duras carencias materiales y pobreza. Con una teoría coherente que alcance los fundamentos del problema social, en cambio, podemos ofrecerles a las naciones en desarrollo aquellos modelos tecnológicos y comunitarios que usamos para nuestra propia sociedad. Sin un marco teórico coherente, tenemos muy poco para decir salvo por las irritantes obviedades, las luchas episódicas y las piadosas esperanzas que el público puede razonablemente ignorar, excepto en la medida en que afectan sus mezquinos intereses cotidianos.

Supongo que podría discutir estas cuestiones indefinidamente. Permítanme concluir con una observación más bien despiadada, pero honesta. La

única libertad que podría esperarnos resulta irónicamente -o debería decir, dialécticamente- del hecho de que nuestras elecciones son dramáticamente limitadas. Hace un siglo, Marx podía válidamente argumentar que la alternativa al socialismo era el barbarismo. Duras como las peores de estas alternativas puedan ser, la sociedad podría al menos recuperarse de ellas. Hoy en día la situación es mucho más sería. La crisis ecológica de nuestro tiempo, ha graduado las alternativas de la sociedad a un nivel más decisivo de elecciones futuras. O creamos una ecotopia basada en principios ecológicos o simplemente desapareceremos como especie. Desde mi perspectiva, esta no es una exclamación apocalíptica, es un juicio científico, que es validado diariamente por la misma ley de vida de la sociedad imperante.

Murray Bookchin

Índice

Editorial.....7
Prólogo.....11

Ecología social. Apuntes desde un anarquismo verde

Nosotros los Verdes, nosotros los Anarquistas.....17
¿Qué es la Ecología Social?.....31
El concepto de Ecología Social.....77
Hacia una Sociedad Ecológica.....99

Esta edición ha sido impresa en **Talleres Sartaña**
sartana@riseup.net
Primavera 2015

Pareciéramos caminar hacia un abismo, transitar sin sentido hasta atravesar un punto de no retorno... ¿Cómo hemos llegado a esto? Las respuestas pueden ser muchas, ¿Cuáles son las soluciones? Las respuestas solo traen más preguntas. No obstante, en el cielo gris de la polución industrial, emergen reflexiones lúcidas que dan esperanza a la posibilidad de imaginar una nueva sociedad. Algunas de ellas son las elaboradas por el teórico de acción Murray Bookchin (EE.UU., 1921-2006), quien desde la vereda de las ideas anarquistas abre un apasionante campo de perspectivas que buscan, por un lado, responder a los cuestionamientos sobre el origen de la actual relación entre sociedad y naturaleza, y por otro, vislumbrar la posibilidad empírica de un futuro verde.

Editorial Novena Ola